

Entre
EL TIEMPO
y
LA ETERNIDAD

FELIX RESTREPO, S. I.

BD638
.R43



BD638
.P43

ENTRE EL TIEMPO
Y LA ETERNIDAD



Digitized by the Internet Archive
in 2014

✓
FÉLIX RESTREPO, S. I.

— DE LA ACADEMIA COLOMBIANA —

ENTRE EL TIEMPO Y LA ETERNIDAD



EDITORIAL «SAL TERRAE»

Guevara, 20 - Apartado 77

SANTANDER

1 9 6 3

Imprimi potest:
XAVERIUS OLAZÁBAL, S. I.
Praep. Prov. Castellanae

Nihil obstat:
FRANCISCUS PAJARES
Censor

Imprimatur:
† EUGENIUS
Episcopus Santanderiensis

Santanderii, 3 Decembris 1962

Registro N.º S - 6 - 1963
DEPÓSITO LEGAL. SA - 3 - 1963

ALDUS, S. A. Artes Gráficas. Santander

*A mis amigos del
mundo hispánico dedi-
co este libro, que bien
puede ser mi despedida.*

INTRODUCCIÓN

El Autor del libro
«Me siento feliz»
Los motivos
Filósofo-Científico
Apologeta
Frente al existencialismo

EL AUTOR DEL LIBRO

Se impone ante todo una breve presentación del Autor. Ausente, ha más de siete lustros, de España, pocos serán los lectores que recuerden su firma en los no pocos escritos, que ha dejado en nuestra Patria. Porque el P. Restrepo, Félix, S. I. aunque nacido a la vida natural y a la religiosa en Colombia; terminó su noviciado de Religión en la santa Casa de Loyola, cursó retórica en Burgos, y en el Colegio máximo de Oña parte de la filosofía, que terminó en Holanda. Cumplido su magisterio en su Patria, volvió de nuevo a Oña, donde hizo todos sus estudios de Teología, se ordenó de sacerdote y, aprovechando las vacaciones, preparó en colabo-

ración con el P. Eusebio Hernández, S.I. la *Llave del Griego*, que años más tarde completaron e imprimieron en Alemania. Allí mismo se doctoró en Pedagogía y los años 1923-1926 residió en Madrid con el cargo principal de redactor de «Razón y Fe»; en la que escribió numerosos artículos de pedagogía y sociología. De entonces data también la impresión de su nuevo e ingenioso libro *Semántica*, que ha tenido por lo menos seis ediciones.

Creada el año 1926 la Viceprovincia Jesuítica de Colombia, el P. Restrepo hubo de incorporarse a Colombia y allí reside desde entonces, pero sin olvidarse de su querida España. Hasta el año 1931 estuvo mandando algunos artículos para «Razón y Fe», y alguno también para «Estudios Eclesiásticos». Y, puesto hace muchos años al frente de la Academia—Colombiana de la Lengua Española, vela incansable por mantener la pureza de nuestro idioma en su Patria y aun en otras Repúblicas Hispano-Americanas. Bien lo demostró en la Asamblea Plenaria Matritense de la Lengua Española y en la que él a su vez planeó y organizó—plenaria también—en Bogotá, que tuvo un éxito resonante. Pues, en la nueva Sede de la Academia Colombiana, inaugurada con esa ocasión; los dos grandes frescos murales en honor de la Lengua de Cervantes y dirigidos por el cuasi

vitalicio Presidente de la Academia; son otro magnífico testimonio de su amor a la Hispanidad y de modo especial a nuestra España, que ha sido para él como una segunda Patria.

Así se comprende que la dedicatoria de lo que él pensó iba a ser como su testamento literario; está muy lejos de ser una mera frase de cajón: *Dedicado a mis amigos del Mundo Hispánico, que bien pudiera ser mi despedida.*

«ME SIENTO FELIZ»

Este libro del bueno y docto Jesuíta Colombiano diríamos haber sido en su mente el último gesto de su vida. A los 73 años de edad, presa de grave dolencia, se considera —equivocadamente gracias a Dios— herido de muerte, y en ese panorama de negrura y de sombras, ni se abate ni desfallece; antes como el hombre bueno del evangelio: «del buen tesoro de su corazón, saca cosas buenas» (Lc. 6,45) o «cosas nuevas y antiguas» (Mt. 13,52).

El recelo —fundado, creo yo, pero equivocado— de su muerte nos lo sugiere ya el mismo título del libro y su dedicatoria: «A mis amigos del Mundo Hispánico dedico este libro, que bien

puede ser mi despedida». Pero más clara y netamente lo expresan las primeras palabras de su trabajo, que empieza así: «Heme aquí pues al fin de la jornada. Ya el sol se pone en occidente. Atrás quedó la tierra, delante se abre el mar de la eternidad. Mi vida ha sido fecunda. Me encuentro rico en los momentos de emprender el viaje sin regreso...».

Y que estas frases no son ficción de novelista, nos lo persuade uno de los últimos párrafos del libro: «Me encuentro ya en el ocaso. Las sombras de la tarde empiezan a cubrirme de melancolía. Pero en el fondo del alma me siento feliz: «porque me fue dado conocer al Salvador y sé que en pos de Él resucitaré en el último día.»

Pues bien, a nuestro parecer, el sentido y la quintaesencia del libro es darnos un como inventario de su cultura y mentalidad científico-religiosa, haciendo un recuento, profundo y lógicamente estructurado, de las razones que le asisten para «sentirse feliz» al fin de su vida: razones que son datos memoriales de su feliz retentiva; no sacados de los libros, que entonces no podía consultar.

Veamos, pues, esas razones o «cosas buenas y sacadas del buen tesoro de su corazón»; pondremos la estructura y trabazón lógica de las mismas. Así podremos valorar, tanto los quilates

del libro en sus múltiples aspectos: criteriológico, filosófico, científico, teológico, apologético; como las riquezas espirituales de su autor. Pues, orgullo aparte, bien pudo decirnos en esa hora de la verdad, frente a la muerte amenazante: «Mi vida ha sido fecunda. Me encuentro rico en los momentos de emprender el viaje sin regreso».

LOS MOTIVOS

Semejan una amplia gradería escalonada y descansando sobre el cimiento profundo de la criteriología. Recorramos uno a uno sus peldaños, aunque no sin algún salto e inversión. Y primeramente desde la cima a la base.

Puesto al borde del sepulcro el ilustre escritor, ¿por qué «se siente feliz en el fondo del alma?»

—Porque «está cierto de resucitar a nueva vida en pos de Jesucristo». — Y ¿quién se lo certifica?

La Iglesia Católica, Sociedad visible y discernible: infalible además en las definiciones dogmáticas. — ¿De dónde le viene a la Iglesia Católica esa infalibilidad?

Del mismo Jesucristo, «realidad histórica», verdadero Dios, Maestro infalible, cuya doctrina me consta haber llegado hasta a mí, tal como Él

la expuso. — Pero su doctrina trasciende la razón humana...

Cierto. Mas «por Providencia de Dios tenemos los hombres otra luz más potente que la razón natural: la luz de la fe o de la Revelación», que es otro hecho histórico. — Pero ¿existe Dios?

Sí, descubro a Dios dentro de mí, en mi insuficiencia para poder existir de por mí mismo. Y le descubro en el mundo que me rodea, no menos existente que mi «yo», e inexplicable sin un Dios Creador. «Contemplémosle. La obra hablará por el Artífice». — Bien, pero ¿no puede fallar mi intelecto, único instrumento, «del que he venido haciendo uso en estos análisis y determinaciones»?

«Si en mis facultades conocitivas hubiese una falla intrínseca y necesaria, sería falla del Creador. Pero, como Él, por su infinita perfección, ni puede engañarse ni puede engañarme; debo descansar tranquilo en la seguridad de que tal falla no existe.» (p. 60). — ¿Y si la realidad primaria y radical de todo fuera sólo: idea, vivir o puro quehacer, pura y absoluta actualidad, intimidad, subjetivismo?...

La vida concreta de cada individuo no es la realidad radical.

Tal es en suma el complejo de proposiciones, lógicamente engarzadas entre sí, por las cuales el Filósofo Religioso sentíase feliz: no como quiera sino en el fondo del alma. He ahí la última rea-

lidad del hombre individual y concreto en su existencia temporal; bien distinto, por cierto, del hombre o ente existencial heideggeriano.

La vida concreta de cada individuo no es la realidad primaria o radical. Y menos todavía lo es la idea o el puro subjetivismo. Se demuestra en los 17 primeros apartados del libro. Donde se exponen a su modo y de manera sucinta nociones importantes de criteriología, Teodicea, ciencias físicas y biológicas.

FILÓSOFO CIENTÍFICO

Independiente o algo inspirada en la obra del P. Quiles, «Más allá del Existencialismo», el libro del P. Restrepo que examinamos, tiene con aquélla cierto aire y varios puntos de semejanza, como vamos a ver. (1)

La *Filosofía Insistencialista* —que es el subtítulo de la obra citada—, es a la vez correctivo y superación del *Existencialismo* de los Heidegger, Jaspers, Sartre, etc. Mi *ex-sistencia*, afirma Quiles, mi exterioridad a mí mismo, mi estar fue-

(1) *Ismael Quiles*, Más allá del Existencialismo (Filosofía Insistencial), una filosofía del ser o dignidad del hombre.—Luis Miracle, editor. Barcelona, 1958.

ra de mí no puede ser expresión adecuada de mí mismo, que soy fundamentalmente *egocéntrico*. Luego el proceso para hallar el auténtico ser del «yo», empresa y meta de los filósofos existencialistas, no tiene que ser centrífugo, de dentro afuera, *ex-istere*; sino centrípeto, egocéntrico, dentro de sí: *In-sistere*. Y el instrumento propio del filósofo in-sistencialista, y clave a la vez de toda la filosofía in-sistencial, es la insistencia, sinónimo para el P. Quiles de introspección, intuición o experiencia insistencial.

El contenido de esta experiencia insistencial, compatible y conjugada con la filosofía de la Escolástica, es riquísimo y abarca estos puntos: a) La esencia del hombre, existente y universal, con sus propiedades de ser: *libre, contingente, compuesto de alma y cuerpo y dependiente* de un Fundamento Absoluto; b) la existencia de mundos externos: físico, metafísico, animal, humano, irreal...; c) existencia del *otro «yo»*, como prójimo y como misterio descubrible; d) existencia o revelación del *Absoluto*, Dios, y una nueva Teodicea fundamental; e) una cumplida explicación de la historicidad y aun suprahistoricidad del hombre.

Tal es, en resumen, la nueva Filosofía Insistencial del docto Jesuíta valenciano, Decano de Filosofía de El Salvador (Buenos Aires) y Pro-

fesor de la Facultad de Filosofía de San Miguel (San Miguel-Argentina).

Repasemos ahora de abajo arriba los primeros 17 apartados del libro que examinamos y así apreciaremos las semejanzas, más o menos expresas, que tiene con la Filosofía Insistencial. Pero antes una advertencia. El P. Restrepo es un filósofo sensato y realista, en el buen sentido de la palabra. Para movernos, parece haberse dicho, no necesitamos conocer la anatomía de los músculos. Sócrates demostró el movimiento poniéndose a andar. Ejercitemos, pues, nuestras facultades mentales, dirijámoslas bien, tengamos fe en ellas; percibiremos la verdad y el fundamento de nuestra certeza. En este plano se ha colocado nuestro insigne pensador, al redactar *«Entre el Tiempo y la Eternidad»*.

Empieza su inventario invocando a Dios, «siguiendo una costumbre de toda mi vida, que me conforta y satisface». Pero en seguida «se despide provisionalmente de Él; prescindir además de los maestros que ha tenido o soñado, y de los muchos, —demasiados—, libros que ha leído o soñado»; y busca «un punto de apoyo inconmovible». Helo aquí: EXISTO. «Imposible dudar de esta idea. Yo me siento a mí mismo, con entera evidencia, como ser existente o real.» (Experimento insistencialmente a mi «yo»).

Y es que «Yo soy un ser conciente» *fundamen-*

talmente insistente y distinto de los animales. ¿Desde cuándo? ¿Hasta cuándo? «Dejemos planteado el problema del tiempo para más adelante».

Pero «conste que hallo en el fondo de mi alma, al lado de la afirmación introspectiva o insustancial EXISTO, un anhelo de inmortalidad, aspiración a lo que OJALÁ EXISTA. Dos expresiones muy distintas, afirmativa una y la otra afectiva, que tienen su importancia. «Y agotada ya esta línea del pensamiento, volvamos al punto de partida» (p. 4-7).

«Estoy, pues, solo en la playa con mis pensamientos. ¿Solo?... No. Percibo, además, de mis *pensamientos*: el *universo*, que me rodea, distinto, extraño y exterior a mi ser pensante, y juntamente percibo *mi cuerpo*. Y veo con evidencia que éste es, sí, extenso como los cuerpos que me rodean, pero que es mi mismo ser, o no es ajeno a él. Veo con sus ojos, oigo con sus oídos, aspiro con su olfato los efluvios del mar»... «La absoluta diferencia de ese mi doble-ser y de los otros seres es para mí tan evidente como mi existencia misma».

«Ni se diga que... todo lo que es y pasa fuera de mí puede ser un sueño. Para mí *es clara la disparidad entre sueño y experiencia*». Y por eso la deja bien claveteada en su espíritu. Nada menos que con la explicación amena de 13 disparidades entre los sueños y la experiencia. Y ésta

vale para él tanto como la introspección, reconocimiento de los actos mentales, o Insistencia. (2) Por lo tanto... «Olvídense los sueños vanos, y quede a salvo, como tesoro seguro, el acervo de la experiencia» (P. 9-13).

No objete el idealismo: Aun dadas esas diferencias, sueños y experiencias insistenciales del mundo, son igualmente subjetivos, ideas o *meros* actos mentales. «¿Dónde está el puente para pasar de tu experiencia interna a la realidad externa?»...

«Ese puente, responde Restrepo, es mi propio cuerpo, que es un ser intermedio. Ya que entre el mundo *subjetivo*, serie de mis experiencias corpóreas o el «yo», y el mundo *objetivo* de los cuerpos, exteriores *totalmente* a mi «yo»; se da el mundo parcial de mi cuerpo, al que siento exterior a mi «yo», pero no *totalmente*, sino como mío.»

Ahora bien, tan evidente es para mí la realidad objetiva de la extensión, impenetrabilidad y demás cualidades —formales o virtuales— de mi cuerpo; como la de los otros cuerpos totalmente exteriores al «yo». Pero la conciencia o experiencia me certifica la objetividad de aquéllas; luego son objetivas también las de los cuerpos totalmente extraños a mí o *mundo externo*.

(2) Balmes, filosofía Fundamental, I. 2, capítulo 39.

Este parece ser el sentido de los Apartados III y IV, titulados respectivamente: «Puente entre dos mundos» —«Luz y color, sonidos y ruidos»; y que nos traen a la memoria la Filosofía Fundamental, de Balmes (3).

Esto supuesto, «ya no estoy solo en el mundo, sino rodeado de seres reales»... «Presentes están en mi alma. Unos los intuyo, otros los recuerdo: minerales, plantas, animales y, descollando entre todos, la «colmena humana» o muchedumbre de los hombres que ha transformado y embellecido el mundo. En toda esa transformación maravillosa ¿he tenido yo alguna parte? Ninguna... soy una gota en el océano de la humanidad. Pero una gota pensante... A la conciencia de mi propio ser y de mi propia grandeza nada le resta la evidencia —insistencial— que haya otros muchos seres como yo» (Apartado V. p. 29).

Ahora, fija mi conciencia o intuición Insistencial en el cúmulo de conocimientos biológicos, me encuentro con más elementos para resolver las dos primeras dudas, que me salieron al paso: «¿Desde cuándo existo?; y ¿es lo mismo ser que ser conciente?». Y, descrita en tres palabras la vida uterina y desarrollo extrauterino del niño, deduce estas consecuencias: «Antes que empezase mi vida conciente en tiempo, poco o nada pre-

(3) Fil. Fundamental, 1. 2, caps. IV-XVI.

ciso, empezó mi existencia inconciente, y en un momento más preciso que el momento en que empezó mi conciencia»... Y «mi ser individual, resultado de la unión precisa de *estas* dos únicas células con *estos* determinados cromosomas, que representan la herencia de siglos; es algo tan casual, tan contingente, que pone pavor en pensar cuán cerca estuvo el hecho de quedar yo descarnado de la existencia, para siempre. *He ahí la inanidad, la insignificancia del ser contingente*» (Apartado VI).

Pero yo «soy algo más que este cuerpo transitorio, vulnerable, corruptible... Siento insistentemente un espíritu superior... uno, simple, libre, responsable, de mis acciones, y que reflexionando sobre sí, encuentra que el YO es el soporte de todas mis acciones y experiencias... ¿De quién lo he recibido? ¿O es que es mío, sin que lo deba a nadie?»...

Y a continuación en seis largas páginas expresa bien lo grave del problema, presiente la hondura de sus consecuencias en las soluciones opuestas, bullen en su mente los sistemas ateístas modernos: monismo, materialismo, existencialismo... esboza las cinco vías de Sto. Tomás para refutarlos, mas apoyadas y reforzadas en la experiencia insistencial del «yo»: finito, contingente, abierto a un fundamento ulterior de sí mismo, en el que se siente apoyado, y concluye

así: «Yo no encuentro piso sólido en mí mismo. Me atengo a Dios... Él es la razón suficiente, el Creador del Universo». Y la inmensidad de los cielos, como el espejo de sus perfecciones infinitas (4).

El apartado VIII viene a ser un resumen de las dos tesis cosmológicas, sobre el Tiempo y el Espacio. Pero expuestas, no sistemática sino popularmente, a modo de una conversación razonada. Tenía que declarar el título del libro. Y, declaradas en los capítulos anteriores las dos cualidades de los cuerpos: movilidad continua («todo fluye»), y la extensión que llena el espacio; «hora era ya de abordar esos dos problemas importantes, que se han tocado de paso hasta ahora». Ya que el tiempo, opuesto a la eternidad, no es otra cosa sino «*Duratio motus*»; y el espacio, «*Capacitas corporum locandorum*». No deja de chocarnos

(4) Véase Quiles, o. c. pág. 122 s.— Restrepo, por su parte, resume su método insistencial en esta cláusula: «He venido haciendo uso de mi entendimiento, para analizar las ideas, que encuentro en mí y determinar hasta qué punto responden a la realidad» (p. 59). Es decir, que para él consiste el método insistencial en «analizar», valorar y reconocer con el «entendimiento» reflexivo las «ideas» o, mejor los actos conscientes, que encuentra «en sí», previa y directamente conocidos.

que identifique el espacio con la «extensión real o posible» (p. 53). Y como Balmes en su *Filosofía Fundamental*, después del Libro Segundo dedicado a las Sensaciones, trata en el Tercero de la Extensión y del Espacio; se nos ocurre dudar si Balmes habrá podido influir en Restrepo para intercalar aquí estas dos tesis cosmológicas.

Más aún, los dos apartados siguientes, que tratan respectivamente de la veracidad del entendimiento, de sus primeras nociones y juicios normativos (IX) y de la objetividad del concepto de causa (X), nos parecen también una reminiscencia de la *Filosofía Fundamental*, cuyos últimos libros, subsiguientes al 3º, «De las Sensaciones», investigan la naturaleza del entendimiento, las ideas más fundamentales en la ideología humana.

Hasta aquí la primera parte de «*Entre el Tiempo y la Eternidad*», que podría llamarse «Crítica o Criteriológica». Así como el conjunto de los apartados XI-XVII forman la parte «Científica», y los restantes, XVIII-XXX, la parte «Teológico-apologética».

Los títulos de los siete Apartados XI-XVII no dan idea, ni remotísima, de la riqueza, variedad, exactitud y profundidad de los conocimientos científicos de su autor; ni de las oportunas especulaciones y aplicaciones, para sus fines, de

la astronomía, física, química y biológica *modernas*. Cualquier hombre culto no puede menos de darse cuenta que el P. Restrepo, aun no habiendo sido un científico profesional, ha seguido el avance de estas ciencias; y que su poderosa retentiva, fecundada por una lectura asidua y metódica, ha podido conservar esos tesoros de ciencia, bien ordenados y siempre a punto para ser utilizados oportunamente.

Y digo «oportunamente», porque es de notar que esa ciencia enciclopédica, que nos regala en su libro el cultísimo literato, no es un alarde vano de erudición; sino la convalidación y confirmación simultánea de su Criteriología y Apologética. Pues en su alma religiosa, que se imagina a sí misma próxima a dar cuenta a Dios de su vida, el aducir argumentos lisa y llanamente de los últimos avances de las ciencias naturales; y aun el escribir «Mi vida ha sido fecunda. Me encuentro rico»... no es hacer gala de saber, sino predisponer ya al lector de que las convicciones religiosas que expondrá en la tercera parte, no son fe de carbonero, como se dice vulgarmente. Y entramos en la parte más importante del trabajo. Lo indican las primeras palabras del Apartado XVIII, que son éstas: «Entre los problemas que plantea al hombre su entendimiento, no hay alguno más serio que éste: ¿De dónde venimos? ¿Hacia dónde vamos? ¿Cuál

es el sentido de nuestra existencia? ¿Cuál es el destino de la humanidad?»...

APOLOGETA

Esta sección final, que llamamos Apologética (religiosa), viene a ser una especie de croquis literario: sereno, equilibrado, ingenuo, pero no de la Apologética general, sino de la suya personal, que nos trae a la memoria las Confesiones de San Agustín: «sólo quiero examinar en esta hora final de mi vida, si la actitud mía —religiosa— ha sido razonable». (5)

Desde la aurora de mi razón y gracias a la catequesis familiar, «para mí creer era tan natural como ver la luz o respirar el aire». Pero los años, el trato social, las lecturas... «levantaron nubecillas en mi entendimiento; y el soporte de mi fe —la autoridad paterna— se vino a tierra... Desprendido, pues, de todo influjo exterior, me

(5) Pág. 112. En lo que sigue, expresaremos el pensamiento del autor, cuanto podamos, con sus propias palabras, como una minúscula muestra de su rico y castizo vocabulario y de su estilo terso, perspicuo, preciso y sencillamente elegante. Como era de suponerse en quien tanto tiempo rigió los destinos de la Academia de la Lengua española en Colombia.

hundí en la pura y simple realidad. Y me encontré frente a frente con la figura de Cristo, un ser humano que llena la historia del mundo, y ha llenado mi alma desde mis primeros años. Si la doctrina auténtica de un Cristo auténtico no ha llegado hasta mí, podría ser un iluso.»

Ahora bien: A) *Cristo fue un ser real.*—«Ningún personaje histórico ha dejado en el mundo huella tan profunda y duradera: Los Evangelistas, San Pablo, los miles y miles de mártires, de anacoretas, de vírgenes, de santos, la ruta de la historia, etc. Por algo los pueblos occidentales, de común acuerdo han dividido la historia universal en dos vertientes: antes y después de Jesucristo» (p. 114-117).

B) *Sus milagros, ciertos históricamente.*—«El que impuso a la materia sus leyes, puede cuando quiera, suspender esas leyes» (p. 119-120).

C) *La doctrina de Cristo ha llegado hasta mí, tal como Él la expuso.*—Testigos autorizados la esparcieron por el mundo, los Concilios reunieron esa doctrina en símbolos, los SS. Padres, el episcopado y sobre todo los 260 sucesores de San Pedro, —«la más importante dinastía»— han velado continuamente por su integridad (p. 121-124).

D) *Cristo es Dios.*—«Ante el cúmulo ingente de testimonios irrefragables no me queda duda que Jesús era Hijo de Dios» (p. 151): «La voz

del Padre, —San Juan Bautista, Natanael—, la Santidad de Dios resplandece en la vida de Cristo» (p. 129), —«Jesús tenía conciencia de su divinidad» (p. 133). «El evangelio de San Juan merece llamarse el evangelio de la divinidad» (p. 139). «La señal de Jonás, o la profecía y milagro de la Resurrección» (p. 143-148).

E) *«Es pues cierto para mí que Dios ha hablado a los hombres.»* (p. 150) Y por lo mismo su palabra es para mí una fuente de conocimientos inaccesibles a la razón, pero que Dios se ha dignado revelarnos. Y «tanta es esta luz sobrenatural, que no solamente no me cuesta trabajo creer, sino que me admiro de que otros no crean» (p. 149). Pero «la voluntad humana es libre, Dios la atrae, pero no la fuerza». A más de la palabra de Cristo, fuente suprema de mi ciencia sobrenatural, tengo otras dos:

F) *El antiguo Testamento.*—«El pueblo escogido tenía las Escrituras como reveladas por Dios y Jesús lo confirmó plenamente» (p. 151).

G) Las enseñanzas de la Iglesia: una, santa, católica y apostólica. «He estudiado las diversas confesiones cristianas imparcial y detenidamente, despojado de todo prejuicio y vínculos sentimentales... y cuanto más estudio y más medito, más me persuado que la Iglesia Católica Romana es la única que reúne todas las señales de la Iglesia verdadera, a la que prometió el Señor que

«las fuerzas del infierno no prevalecerían contra ella» (p. 155-162).

A la luz de esas fuentes de la ciencia sobrenatural aparece claro *«el destino de la humanidad: vencer a la muerte por el poder de Jesucristo y reinar con Él por siempre para gloria del Creador»*... *«Largo camino tiene que andar la humanidad todavía hasta verse regenerada; pero ese día llegará... Hasta tanto, puesto ya en el ocaso de la vida, mi mayor consuelo es haber dedicado mis fuerzas y mis años a cooperar en la difusión del reino de Cristo, en la obra de la redención... Con júbilo sigo en espíritu los trabajos y los triunfos de tantos miles y decenas de miles de hombres y mujeres de toda edad y condición que colaboran en ella, mientras van creciendo las sombras y el péndulo de mi existencia oscila pausadamente entre el tiempo y la eternidad»*. (p. 170).

FRENTE AL EXISTENCIALISMO

Ante la proximidad de una muerte natural, los circunstantes no dudan de que los actos y palabras del enfermo normal embeben la transparencia del agua cristalina, nunca tan bien igualada entre los hombres, como en ese trance supremo. Sus palabras podrán ser: eruditas o rudas, mejor o peor concertadas, emocionadas o serenas, pero

nunca insinceras. Las lecciones dadas por un entendimiento iluminado por la luz insobornable de la eternidad y por un corazón desprendido de todo lo transitorio y falaz, llevan el sello de la sinceridad y son objetivas y verdaderas.

Pues bien, tales son las lecciones que ofrece «*Entre el Tiempo y la Eternidad*» del P. Restrepo, obra escrita o dictada ante una muerte próxima presunta. ¿La suprema de todas ellas? Haber conseguido la suprema y verdadera felicidad. Nos lo asegura repetidas veces en su escrito, nos lo confirman: la firmeza de sus convicciones frente a los sistemas doctrinales que no ignora, opuestos al suyo; la ingente y exquisita cultura de su espíritu y, por último, el efluvio de paz y placidez que respira el presunto moribundo, como sobrecogido por la Eterna Verdad que se le avecina.

La triple ruta que le ha conducido a ese fin supremo: la filosofía perenne, la ciencia natural metódicamente asimilada y la apologética tradicional, sin excluir los adelantos lingüísticos, históricos y exegeticos; queda suficientemente expuesta en las páginas anteriores.

Ahora bien, como la ley de la gravedad pesa sobre todos los cuerpos, así pesa sobre todos los humanos un deseo indefectible, una gravitación congénita hacia la plena satisfacción de todas nuestras aspiraciones razonables. Y por lo mismo ese fue el fin que se propusieron conseguir

con sus filosofías —que tuvieron más de pragmáticas que de teóricas— los estoicos, epicúreos, académicos; y antes que ellos las escuelas filosóficas de la India y de la China; y últimamente en nuestros días el existencialismo, llamado también «Filosofía de la angustia».

Fijándonos tan sólo en este último, es obvia la pregunta: Un existencialista consecuente, que «quisiera, como Restrepo, examinar en esta hora final de mi vida, si la actitud mía ha sido razonable»; ¿podría decir como éste: «en el fondo de mi alma me siento feliz»?

Respondemos que el mundo espiritual de cada hombre sólo Dios lo ve y comprende. Pero, hablando objetivamente, el caso propuesto parece imposible. ¿Por qué? El citado ya Ismael Quiles, especialista en el estudio del Existencialismo, después de haber visitado con este fin las principales universidades de Alemania y conversado con sus Profesores, resume así su impresión general sobre el existencialismo en un artículo de *Razón y Fe* (6): el Existencialismo, «aunque beneficioso en algunos aspectos al curso del pensamiento filosófico, pero ha dejado tras de sí un saldo negativo. Porque ha desencadenado manifestaciones extremas de irracionalismo, de excep-

(6) *Razón y Fe*, ¿Qué nos deja el existencialismo?, t. 153, p. 649.

ticismo y de ateísmo». Ahora bien en la duda—y tanto o más en el agnosticismo— la mente oscila atraída de dos polos contrarios; y su vaivén, más o menos consciente, obra en toda el alma un sentimiento de inquietud y esfuerzo angustioso, hasta degenerar en verdadero tormento, cuando la duda cae sobre alguna verdad vital para el hombre.

Tales son: la existencia de Dios, de la inmortalidad del alma, de la vida futura, etc. Testigo insigne de esa angustia, el llamado «Poeta de la duda», nuestro G. Núñez de Arce, que lamenta en varias de sus poesías la pérdida de sus creencias: «¿por qué he nacido —en esta edad sin fe? Yo soy un ave, —que llegó sola y sin amor al nido.»

Y Michele Federico Sciacca, en su erudita *Historia de la Filosofía* saca esta conclusión del irracionalismo existencialista: «Cuando el hombre pierde la confianza en la razón, se confía a los instintos bestiales. Pues una vez perdida la luz natural, no le agrada seguir un orden racional de pensamiento y conducta» (7)

Y el profundo pensador, el Papa Pío XII, en su alocución a los 80 asambleístas del Congre-

(7) Michele Federico Sciacca, *Historia de la Filosofía*, versión y prólogo de A. Muñoz Alonso, P. 439.

so Internacional de Roma sobre el Existencialismo (15-20, XI, 1946), pronunció estas palabras: «Sin entrar ahora en el estudio del Existencialismo, preguntamos: ¿Le queda a la filosofía otro camino, que no sea el de la desesperación, si no halla sus soluciones en Dios, en la inmortalidad personal...? La filosofía perenne no corre ningún peligro de sumirse en un «irracionalismo pesimista y menos aún en un voluntarismo religioso», como reacción contra un intelectualismo unilateral. Porque, teniendo a Dios como clave de bóveda de su pensar, concentra en uno lo que hay de sano en ambas posiciones del espíritu: es decir, un claro entendimiento con una fuerte voluntad, derivada de aquél. Y cierto que no se puede concebir una voluntad firme en todas las circunstancias de la vida, si no nace de una profunda convicción intelectual.» (8)

D. Domínguez, S. I.

(8) Pensamiento, vol. 3, p. 85-86.

I

Heme aquí, pues, al fin de la jornada. Ya el sol se pone en occidente. Atrás quedó la tierra, delante se abre el mar de la eternidad.

Mi vida ha sido fecunda. Me encuentro rico en los momentos de emprender el viaje sin regreso. Pero esta riqueza del espíritu ¿es real, o es ilusoria? Y si es real ¿es riqueza verdadera, o similar?

Estos momentos de espera, cuando ya pasó la vida y la eternidad se acerca, son propicios para hacer el inventario de lo que se encuentra en mi alma. Dios quiera iluminarme y guiarme para dejar claramente establecido lo que soy y lo que obtuve.

He invocado a Dios al empezar este postrer balance, siguiendo una costumbre de toda mi vida, que me conforta y satisface. Pero voy a despedirme provisionalmente de Dios en el umbral

de este examen; aunque bien sé que *in eo ipso vivimus et movemur et sumus*. Pero, pues Él me dio el entendimiento con que estoy pensando, sé que siguiendo con lealtad la línea de mi pensamiento volveré a encontrarme con Él.

Por ahora estoy solo en la playa. Solo conmigo en mí. Muchos maestros, muchos amigos he tenido en la vida (¿o he soñado que los he tenido?). Muchos, demasiados libros he leído, que me han revelado las vacilaciones o las efusiones; las negaciones o las afirmaciones de hombres famosos de pasadas edades (¿o es que he soñado que los he leído?).

De aquéllos y de éstos quiero prescindir en esta hora suprema. Lo que ellos en mí sembraron aparecerá en mi espíritu con su propia evidencia; reconozco haberlo recibido; sería imposible recordar a quién debo cada una de las ideas que encuentro en mí, unidas naturalmente a las que he adquirido por propia experiencia. El enlace y la clasificación de esas ideas es lo que ahora me interesa.

Comencemos, pues.

Tengo que empezar por buscar un punto de apoyo incommovible, una verdad segura, que no deje en mi espíritu ni sombra de vacilación. Hela aquí: EXISTO. Puedo poner en duda, prudente o imprudentemente, cualquier otra de las ideas de mi repertorio; menos esta: EXISTO. Yo

me siento a mí mismo, con entera evidencia, como ser existente.

¿Desde cuándo? ¿Hasta cuándo?

¿Qué es esto que sale del fondo de mi ser y que, sin conmover la realidad de mi existencia, la deja flotando en una corriente que los hombres llaman *tiempo*? ¿Cuándo? ¿Desde cuándo? ¿Hasta cuándo?

Ahora, antes de ahora, después de ahora. Son conceptos que brotan en mi espíritu con una fuerza incontenible. Ahora soy; ahora existo. Antes de ahora yo era, yo existía. ¿Desde cuándo?... Después de ahora ¿existiré todavía? ¿hasta cuándo?

Empiezan los enigmas. Empieza a turbarse la serenidad de mi alma. Apenas he dado un paso y me encuentro ya ante el abismo; me encuentro ante el misterio del *ser* y del *no ser*.

Ahora yo soy. El misterio del ser es para mí una luminosa claridad: SOY. Antes de ahora, yo era. No es mi ser instantáneo como el de un relámpago. Tiene alguna estabilidad. Antes de ahora, yo era. ¿Desde cuándo?

Si el testimonio de mi memoria fuera fidedigno, yo señalaría el año en que empecé a tener conciencia de mi ser y de mis actos, evocaría la venerada imagen de mis padres, pintaría el ambiente y el paisaje en que se abrieron mis ojos. Pero, ¿si todo es sueño?

Que yo era, soñando o despierto, es para mí indudable, y es claro que soy y he sido desde que estoy haciendo este balance de mi vida. ¿Cuánto tiempo he sido? Para resolver este enigma debería yo tener nociones mucho más completas de las que hasta ahora he inventariado. Dejémoslo para después. Por ahora me basta con decir: Antes de ahora yo era; pero mucho antes yo no era. A lo menos no era conciente. Y he aquí otro enigma: Ser y ser conciente ¿es una misma cosa?

Dejemos planteado también este problema, para no perder el hilo de mi meditación. ¿Desde cuándo existo? Por el momento no puedo saberlo. ¿Hasta cuándo? Si oscuro es el pasado, más oscuro es el porvenir. Sé que mi vida corporal puede deshacerse de un momento a otro. Pero ¿es algo más que un sueño la vida corporal? Yo, que vivo, o creo que vivo en el cuerpo, no soy el cuerpo. Yo soy un ser pensante; soy un ser conciente. ¿Podré seguir pensando separado del cuerpo?

Hay en el fondo de mi ser un anhelo de inmortalidad, de superación de la vida corporal. Ese anhelo, hirviente y poderoso en el fondo de mi alma, es una realidad muy distinta de las verdades lógicas que he revisado hasta ahora. Yo soy, yo era, son expresión directa y evidente de la verdad objetiva. Yo quisiera ser para siempre, es expresión de un movimiento de mi espí-

ritu, pero que no trae consigo, necesariamente, la realidad de lo que yo deseo.

Pero es importante saber que hay en mi alma dos clases de expresión: la expresión lógica, afirmativa, segura, incommovible, que corresponde a la aprehensión de la verdad, y la expresión afectiva, anhelante, angustiosa, vacilante que manifiesta la tendencia íntima hacia un bien posible que quisiera uno ver hecho realidad. Juicio y deseo. Afirmación de lo que es; aspiración a lo que ojalá fuera.

Hemos agotado ya esta línea del pensamiento y tenemos en claro no pocas ideas, aunque han surgido también no pocos enigmas.

Volvamos al punto de partida.

II

Heme aquí a la orilla del mar. Acaba de salir el sol en el horizonte. Se difunde la luz por mar y tierra. Brilla la espuma en la cresta de las olas. Aparecen los verdes prados esmaltados de flores. Trinan las aves. Vuelan insectos en todas direcciones. La brisa susurra en el bosque. Llegan de la vecina ciudad ruidos de fábricas y trenes.

Y yo estoy solo en la playa con mis pensamientos. ¿Solo? ¿Y esta multitud de seres que me rodea? Hace apenas unos minutos aparecía el firmamento cuajado de estrellas. Sale ahora el sol y aparece la tierra vibrante de luz y de color y de vida.

Si es para mí evidente que yo existo, evidente es también que con mi ser pensante está íntimamente relacionado mi cuerpo. Yo veo mis manos y mis pies. Con aquéllas toco y siento las cosas cercanas. Con éstos me traslado de un lu-

gar a otro. Veo con evidencia que mi cuerpo es distinto de los seres que me rodean. Mi cuerpo es mi mismo ser. Veo con sus ojos, oigo con sus oídos y aspiro con su olfato los efluvios del mar y las esencias de las flores. Los demás cuerpos son extraños. Están fuera de mí. Son otra cosa. Además de mi propio ser existen, pues, muchos seres, cuyo conjunto está bien denominado *el universo*. La absoluta y radical diferencia de mi ser y de los otros seres es para mí tan evidente como mi existencia misma.

¿Quién dijo que este juicio puede ser erróneo, porque todo lo que creemos que es y pasa fuera de nosotros puede ser un sueño? Para mí es clara la disparidad entre sueño y experiencia; entre las sombras vagas y vanas que rondan al que duerme, y las figuras perspicuas y sólidas que rodean al hombre vigilante.

Comprendo que aquí está una de las claves para la adquisición de la verdad, y quiero dejar asentada en mi espíritu esta diferencia con certeza absoluta.

He soñado mucho en mi vida, y no pocas veces con sensación de realidad. Pero despierto, y lo que parecía real se deshace como tenue mancha de humo. Y siento entonces todo el abismo que media entre la realidad conocida, tangible y evidente, y las fantasías de los sueños.

Por agradable que sea para mí un sueño, nunca he podido evocarlo de nuevo para volver a disfrutar de él. En cambio, cuando una realidad me agrada, puedo volver a ella cuantas veces quiera.

Los objetos de la realidad son estables, firmes, están en su puesto, desempeñan funciones conocidas. Si quiero bajar al jardín, lo encuentro siempre en su lugar. Si quiero sentarme a leer o escribir, hallo siempre la misma mesa, la misma silla, los mismos libros al alcance de la mano. Las imágenes de los sueños son caóticas y variables como las de un calidoscopio.

En la vigilia se puede prever la marcha de los sucesos naturales. Día por día sabemos con seguridad a qué hora sale el sol. Mes por mes tenemos previsto qué constelaciones estarán en el firmamento a media noche. Hacemos una siembra y sabemos que en circunstancias normales vendrá en el tiempo previsto la cosecha. Vemos empezar un edificio y seguimos sus adelantos día por día hasta verlo terminado. Tomamos un libro interesante y lo leemos hasta el fin, y lo anotamos y lo recordamos. ¿Puede decirse algo parecido de las cosas que en sueños nos ocurren?

Si seguimos la marcha de nuestra vida en un día solamente, hallamos todos sus acontecimientos perfectamente eslabonados. Nos ocurre lo que teníamos previsto; y si algo pasa de improviso, nos

damos cuenta perfectamente de las causas que produjeron lo inesperado. En cualquiera de los días de mi vida puedo a la noche reconstruir todos mis pasos, y no encuentro en ellos nada que no sea nítido, que no tenga su razón suficiente.

¿Quién podrá en cambio reducir a sistema la multitud de imágenes imprevistas, necias, absurdas muchas veces, que forman los sueños?

La memoria es facultad de la vigilia, porque la realidad tiene presente y pasado. En sueños no se puede reconstruir hacia atrás lo que nos está pasando.

Cuando por primera vez oí esta afirmación a un sicólogo, quise probarla; y durante un sueño muy vívido traté de recordar lo anterior. Sentí un gran vacío y desperté sobresaltado.

En la vida real la voluntad se siente responsable de sus actos. En sueños pasan y pasan cosas, sin que la responsabilidad personal se sienta afectada.

Para soñar hay que dormir. La realidad que se impone pasa ante nuestros ojos vigilantes.

Cuando un sueño tiene un desarrollo ordenado decimos que parecía realidad. Cuando la realidad es muy inesperada, decimos que parece sueño.

Por un instante, por un instante no más, puestos en la frontera entre la realidad y el sueño, podemos dudar si estamos a un lado o a otro de ella;

pero, alejados de esa línea divisoria, la vida trae consigo la evidencia de la realidad, y la fantasmagoría de los sueños deja en el que se despierta la evidencia de lo ilusorio.

Qué diferente la impresión del que gana un premio de lotería, y recibe su dinero y lo invierte a su gusto, y la de aquel otro que sueña que se lo ha ganado y se encuentra al despertar con las manos vacías.

En conclusión: tan cierto como que existo es por una parte que tengo una vida real, condicionada por mil factores conocidos y por algunos imprevistos, y por otra que caigo de vez en cuando en un estado de sopor, en el que la fantasía se mueve a sus anchas o es llevada como hoja por el viento, hasta que al despertar vuelvo a tener dominio sobre ella.

No vuelvas pues, alma mía, a replicarme cuando estemos meditando: ¿Y si todo lo que vemos, si todo lo que imaginamos haber vivido es puro sueño?

Olvídense los sueños vanos, y quede a salvo, como tesoro seguro, el acervo de la experiencia.

III

Fácilmente has señalado la diferencia entre lo experimentado y lo soñado. Pero ¿quién te dice que a lo experimentado responde una realidad, y precisamente la realidad que tú supones? ¿Dónde está el puente para pasar de tu experiencia interna a la realidad externa?

Tengo que detenerme a analizar esta objeción del idealismo. Ciertamente todo el mundo exterior, todo el universo está en mí, sentido y aprehendido. Pero ¿cómo me consta que esto que yo siento dentro, corresponde exactamente a lo que pasa fuera?

Vamos por partes. Mi propio cuerpo es un ser intermedio. Es mío, pero lo veo y siento fuera de mí. Mis manos, una con otra no pueden penetrarse. Mi pecho, mis rodillas, mi cabeza tienen una masa y un volumen que yo aprecio perfectamente: parte con la vista y parte con el tacto. La

primera y más notable propiedad del cuerpo es ser impenetrable.

Ahora bien: me encuentro rodeado de otros cuerpos, también impenetrables: La piedra en que estoy sentado; el árbol en que me recuesto; la tierra en que se apoyan mis pies; la roca que me cierra el paso. Me acerco a ella, le hago violencia, y ella permanece inmovible. He aquí un cuerpo, distinto de mí, e impenetrable como mi propio cuerpo. Con toda evidencia mi experiencia interior coincide con la realidad exterior. He aquí fuera de mí, distinto de mí, un ser impenetrable, cuya existencia es para mí evidente, la siento con todo mi ser.

La propiedad de la impenetrabilidad de los cuerpos es la primera que me asegura de la existencia de un mundo exterior, distinto de mí mismo. Sigamos analizando las impresiones del tacto. Junto a las rocas ásperas encuentro grandes hojas tropicales, suaves y lisas. Entre ellas una espina viene a clavármese y siento agudo dolor. La superficie de la roca expuesta al sol se siente seca y caliente; las paredes de una gruta que en ella se forma, se hallan húmedas y frías. La piedra es dura; el césped, mullido y blando; la arena, movediza; el agua ofrece poca resistencia; sentado en la playa las olas van y vienen bañándome con sus frescas linfas; la brisa matinal me acaricia

blandamente y los rayos del sol llenan de bienestar todo mi cuerpo.

He formulado, sin vacilar, diversos juicios. Pero al analizarlos encuentro que tocan de distinta manera a mi mundo interior y al objeto exterior.

La roca es áspera. En mi mundo interior esto expresa una impresión desagradable, próxima al dolor. En la roca misma indica cierta textura arrugada y escabrosa, completamente impasible. La hoja es suave y lisa. En mi mundo interior enuncia un placer especial que se experimenta al deslizar los dedos por su superficie. En el objeto mismo denota cierta pulidez impasible y ajena a toda sensación. La espina es dolorosa. El dolor es una sensación que aflige y conturba mi ser corporal; la espina no es nada semejante; la espina es aguda y causa el dolor. Seco y húmedo; caliente y frío, son en mi cuerpo sensaciones precisas y contrarias. En los objetos sólo se encuentra la causa de esas sensaciones, que consiste en su temperatura objetiva y en su mayor o menor hidratación.

Fácilmente se descubre cómo *duro*, *blando*, *movedizo*, indican por un lado una impresión en mi cuerpo, por otro una propiedad del objeto, capaz de producirla.

El agua da al tacto una serie de sensaciones que la hacen generalmente amable. Mas si ha-

blamos de agua fría no es que el agua tenga frío; es que lo produce.

La brisa es, entre los objetos que hemos examinado, el único invisible; pero el tacto nos descubre su realidad inmediata, de algo que pasa, que va y viene, que cambia de dirección; de algo distinto de nosotros mismos.

Y finalmente, el calor del sol se siente en el propio cuerpo, se ve el foco que lo causa, pero muy lejano. Es claro, sin embargo, que si hablamos del sol ardiente, expresamos una sensación corporal en nosotros; una incandescencia, que es su causa, en el sol mismo.

En resumen: casi todas las sensaciones del tacto nos ponen en comunicación directa con seres distintos de nosotros mismos; y no podemos ser tan ingenuos como para trasladar a los objetos tangibles las sensaciones dolorosas o agradables que nos causan. Pero tampoco podemos ser tan ciegos que no veamos la relación necesaria, constante, íntima, imprescindible que hay entre los objetos que nos tocan y nuestras sensaciones.

El tacto es pues, en sus distintos aspectos, un sentido que nos dice la verdad. Nos descubre la existencia de seres diversos de nosotros, y nos da a entender alguna de sus propiedades, por las diversas impresiones que en nuestro cuerpo producen.

Y viene ahora algo de suma importancia para conocerme y conocer el universo ambiente.

Tengo sed. Tengo hambre.

La sed me acosa. Me acerco al torrente y bebo hasta quedar satisfecho. Pero tengo hambre. Frutos del campo y almejas de la playa la calman en seguidá.

Ya por el tacto conocía al agua como cosa distinta de mí. Ahora veo que sin ella yo no podría vivir. Yo soy un ser incompleto. Necesito para subsistir de algunos de los seres que me rodean. Son distintos de mí y necesarios para mí. Y lo mismo debo decir de los manjares. Frutos y almejas están en mis manos como cosa distinta de mí. Pero yo desfallezco de hambre, y un instinto misterioso o fácil experiencia me muestra que, al comerlos, el hambre se calma y se recuperan las fuerzas. Soy un ser limitado e incompleto que depende de otros para subsistir.

Por lo demás, en bebidas y manjares recurren otra vez experiencias semejantes a las del tacto. Lo dulce y lo amargo, lo salado y lo ácido son una sensación en mí. Son una propiedad íntima y constantemente relacionada con ella, en el objeto.

Y algo semejante ocurre con otro sentido, el olfato. Cada florecilla tiene su fragancia, que en mí es sensación, y en ella facultad de producirla. En cambio los cuerpos en descomposición des-

piden olores nauseabundos. La repugnancia está en mí. La causa desconocida, en ellos.

A veces, el olor suave o fastidioso se deja sentir, sin que el ánimo acierte a señalar el objeto que lo produce. Es la primera vez que me encuentro con una sensación de objeto desconocido.

IV

Pero ya es tiempo de abordar el gran problema de la vista y del oído.

El principal de mis sentidos es la vista. Ha llenado mi espíritu de las más brillantes, de las más hermosas, de las más lúgubres, de las más variadas imágenes. Gracias a la vista, es mía la inmensa riqueza del mundo que me rodea. Flores y estrellas, tierra y mar, llanuras y montañas, aves, insectos, peces y toda clase de animales. La luz que alegra el nuevo día, las tinieblas de la noche. Nubes nacaradas y nubes tempestuosas. La aurora boreal y el arco iris y la multitud de obras de arte con que ha llenado la tierra el ingenio de los hombres.

¿Responde a la realidad tanta riqueza? Vamos poco a poco. La impenetrabilidad de los cuerpos, y las sensaciones del tacto y del gusto inmediatamente relacionadas con ella, son la pri-

mera garantía de la existencia de seres exteriores. Pero ocurre que la vista acompaña y confirma el testimonio anterior.

En la roca áspera descubre la vista las escabrosidades. En la hoja lisa y suave la vista ve su tersura y su brillo. En la espina que da dolor, la vista encuentra la punta que me desgarró la piel. Y más clara es aún la concordancia de la vista con el tacto, cuando se trata de mi propio cuerpo, de la forma y tamaño de mis manos y mis pies, de mi cabeza y de todos mis miembros. Si alguna cosa que veo no está al alcance de la mano, me muevo y la encuentro allí donde la había señalado la vista: piedras y árboles, flores y frutos, las aguas del mar, el camino, la casa, y en ella los muebles y todos los objetos que manejo constantemente.

Puede estar aún más lejos el objeto visto. Desde una alta cumbre diviso montes y valles, lagos y ríos, pueblos y ciudades. Me pongo en camino y llego a ellos y me persuado que mis ojos no me engañan. Es tanta la fidelidad de los ojos, tanta la constancia con que dicen la verdad, que la suma certeza ha tomado de ellos su denominación: *evidencia, evidente* (del latín *videre*, ver). El mejor testigo se llama testigo de vista; y cuando decimos: yo lo vi con mis propios ojos, nadie osa contradecirnos.

No puedo alcanzar los astros que flotan lejos

de la tierra; pero aun con ellos es tan veraz la vista, que los hombres calculan sus movimientos, sus eclipses, sus ocultaciones, y no fallan.

Es verdad que hay ilusiones ópticas; pero la ciencia las explica suficientemente por las condiciones de aquello que media entre el ojo y el objeto.

La exactitud de las noticias de la vista disminuye con la distancia. Seguras en lo que está al alcance de la mano, se hacen vagas en la lejanía y muy dudosas en distancias siderales. Ya lo dice el vulgo:

El mentir de las estrellas
es muy seguro mentir,
porque ninguno ha de ir
a preguntárselo a ellas.

Y sin embargo, la ciencia ha logrado arrancar muchos de sus secretos al mundo sideral.

Así pues, no ya por percepción directa, pero sí por deducción constante, tengo certeza de lo que ven mis ojos.

Pero, además de la existencia, forma y tamaño de los objetos, percepciones que la vista comparte con el tacto, hay otras sensaciones exclusivas de aquélla. La luz, el claroscuro, la multiplicidad de los colores que llenan mi ser de regocijo.

El tacto, el manejo de los objetos que están

a mi alcance, me certifica que mi sensación de color no es independiente de los objetos, sino que de ellos depende.

Si tomo en las manos una bola de nieve, tengo, por tacto y vista, evidencia de su forma; y encuentro que mi sensación de color se adapta, exactamente a ella. Experiencias de esta clase, indefinidamente repetidas, hacen que yo proyecte en los objetos mi sensación de color; no para afirmar que en ellos hay una sensación semejante; sino para tener la certeza de que mi sensación de color la produce el objeto, mediante una fuerza que por ahora consideramos como misteriosa. A cada color corresponde su fuerza especial, real y positiva, pues su efecto es positivo y real. No me engaña, pues, la vista, sino que en efecto son blancos los campos cubiertos de nieve; verdes los prados; azules, rojas y amarillas las florecillas de los campos.

No toda sensación de color se circunscribe a un objeto determinado. Ejemplo clásico es el azul del cielo.

Porque ese cielo azul, que todos vemos, ni es cielo, ni es azul; lástima grande que no sea verdad tanta belleza.

Pero felicidad mayor, pensar que sí es verdad toda la belleza derramada por el universo en ondas de tan variados colores.

Aunque a decir verdad, al lado de objetos que tienen su color propio y natural, hay en la naturaleza muchos espejismos: las nubes opalinas del amanecer y las sangrientas y rutilantes del ocaso; los cambios de color en las aguas del mar y en las montañas lejanas; la aurora boreal, el arco iris y el claroscuro que a mañana y tarde vela ciudades y campos. Los pintores saben que esos colores son fugaces y que desaparecen, si no se dan prisa a retenerlos en sus lienzos.

Si no fuera por el auxilio de los demás sentidos, solo el oído no nos daría seguridad ninguna del mundo exterior. Si me supongo a mí mismo privado de todo otro sentido y completamente inmóvil, y empiezo a oír el dulce sonido de una flauta, o el tañer de una campana, o el murmullo de las olas, o el rumor de los bosques, o los trinos de las aves; no podría yo saber si esas armonías vienen de fuera o se producen en mi interior como en una caja de música.

Sólo cuando veo tocando al pastor; cuando miro moverse la campana al compás del sonido, u observo que el movimiento de las olas coincide con el murmullo y el del ramaje con el rumor, y que las aves modulan los trinos con sus picos y gargantas, puedo darme cuenta que el sonido no nace en mí, sino que viene de fuera. Y que el sonido es hijo del movimiento. Todo cuerpo estático es mudo. Hay que herirlo para que vibre.

La ciencia nos enseña que esa vibración se transmite al aire, y que lo que afecta nuestro oído no es el cuerpo mismo sonoro, sino las ondas que él, al vibrar, desató en el aire. Si quitamos el aire cesa el sonido; y si por cualquier medio artificioso producimos en el aire la vibración correspondiente a un cuerpo sonoro, no podemos distinguir nuestra sensación de la que produce el cuerpo mismo. Así oímos en aparatos de radio, en discos y en cintas magnéticas, grandes orquestas con todos sus detalles.

Tal vez la única percepción directa y evidente del cuerpo sonoro como distinto del propio yo, sólo la tenga el músico que arranca a su instrumento las melodías que quiere; o el imperito que hace sonar entre sus manos una zambomba o una pandereta, o golpea un objeto cualquiera con otro.

Pero si el sonido es de eficacia muy precaria para nuestra certidumbre ontológica, en cambio es la vía natural de comunicación entre los hombres. En el principio de toda sociedad está la palabra. Pero no debemos adelantar ideas que apenas se ven en lontananza.

Reflexionemos más bien hacia atrás, y digamos que los otros sentidos que perciben sus objetos a distancia, olfato y vista, están también en condiciones muy semejantes a las del oído, y necesitan el auxilio de otros sentidos para llegar

a la certeza de la objetividad de sus sensaciones.

Así pues, he llegado a la conclusión de que mis sentidos son veraces; y que, si no me descubren la esencia de las cosas corporales, sí me dan noticia cierta de muchos de sus atributos, noticia suficiente para que pueda yo servirme de ellas de múltiples maneras.

V

Ahora ya estoy en mejores condiciones para abordar un problema que atrás quedó pendiente. El problema del tiempo pasado. Ya no estoy solo en el mundo sino rodeado de seres reales. Pero además de estos seres presentes, encuentro en mi alma una multitud de seres que fueron; y además de mis actuales sensaciones y pensamientos, hallo muchos otros que experimenté en tiempos anteriores.

Lo pasado es para mí tan evidente como lo presente. En realidad el pensamiento presente, al pensar en él, es ya pasado. Tengo una facultad para volver a hacer presentes las cosas pasadas: es la memoria. Dos territorios encuentro en esta facultad: uno vago, incierto, en el cual no quiero ocuparme por ahora. Otro clarísimo, esplendoroso, que pone en mi ánimo presentes las cosas pasadas con la misma evidencia con que las contemplé presentes.

Así tengo ahora como en un mapa delante de mis ojos mi larga vida. No la he pasado en una isla desierta, sino entre la muchedumbre de los hombres, y en las más famosas ciudades.

De todos los tesoros de conocimientos que hay en mi memoria, el más valioso y preciso es el de los demás hombres. Yo los veo y los siento, los he visto y sentido iguales a mí; superiores a mí muchas veces y por muchos conceptos, y vinculados a mí por un lazo de igualdad de naturaleza, que hace que no me pueda ser indiferente la suerte de ninguno.

Pero entre los muchos seres humanos que en mi memoria están presentes, hay algunos cuya figura agita mi interior con experiencias muy diversas del frío conocimiento o del vago sentimiento de hermandad. Es aprecio, estima, admiración, cariño, entusiasmo, amor. Mis padres y hermanos, mis maestros, mis discípulos, mis amigos fieles. Dejemos para más tarde analizar estos y otros sentimientos.

Por ahora debo notar que, además de los conocimientos que tengo por directa experiencia mía, son más numerosos los que debo a la comunicación con los demás hombres. ¿Hasta qué punto son estos últimos fidedignos y seguros?

Nunca puedo tener la misma certeza y evidencia de lo que yo he visto y palpado, y de lo que me han referido los demás. Sin embargo, hay per-

sonas cuya vida entera resplandece con tanta rectitud, tanto desinterés, tanta prudencia y tan agudo sentido de observación, que sería temeridad poner en duda lo que ellas nos cuentan de su propia experiencia.

De otros hombres, como el *miles gloriosus* o el viajero de aventuras, haremos bien en poner en cuarentena las noticias.

Y no sólo hallo en mis tesoros lo que me han comunicado hombres por mí conocidos, sino otros innumerables conocimientos que han dejado en sus libros los sabios de las pasadas edades. Desde que los hombres inventaron la escritura las ideas se transmiten, no sólo de viva voz, de padres a hijos, sino merced a las páginas, en apariencia muertas, de los libros.

Muertas parecen, pero el que sabe descifrarlas las encuentra vivas; bulle en ellas la vida del pensamiento; y el que las recorre conversa con los grandes genios de la humanidad.

No todo lo que escrito se halla merece un mismo crédito. La prudencia y el sentido crítico deben presidir las lecturas. Pero sí es evidente que una gran fuente de nuestros conocimientos es el testimonio de autores fidedignos.

Gracias a ellos conocemos muchas de las maravillas del mundo sideral, los secretos del átomo, las cualidades y propiedades de los cuerpos, las virtudes de las plantas, las costumbres de los ani-

males, la constitución del cuerpo humano, las confesiones y revelaciones de otros espíritus, y la larga vida de la humanidad sobre la tierra.

Y este conocimiento no es sólo teórico. El hombre ha sabido aprovecharlo para hacer más grata y hermosa su vida. Cuán distinta es ella ahora de la que vivía el hombre de las cavernas. Nuestras habitaciones son sólidas, luminosas y abrigadas. Nuestros alimentos variados y gustosos. Por doquiera tenemos agua al alcance de la mano. Se cultiva la tierra sin fatiga y se dan en abundancia los más variados frutos. La maquinaria y la automatización hacen cada día más fácil la producción de cuanto el hombre necesita. El comercio es rápido y seguro. Nos movemos con una comodidad y velocidad nunca imaginada. La electricidad ha hecho la noche tan clara como el día. Hablamos por un hilo o por el éter con los amigos distantes. La radiodifusión nos permite oír conciertos o discursos del otro extremo de la tierra. El microscopio, el telescopio y la televisión han aumentado prodigiosamente la capacidad de nuestra vista. Las artes gráficas facilitan el intercambio cultural. Los anestésicos vencen el dolor y los adelantos de la medicina van dominando las enfermedades de tal modo, que día por día se alarga la duración de la vida y desaparecen molestias y males que aquejaron a nuestros antepasados. Para todos están abiertas las vías de la

más alta cultura, y recreaciones que en otros tiempos apenas se permitían los príncipes, están hoy al alcance de los más humildes.

En toda esta transformación de la humanidad ¿he tenido yo alguna parte? Ninguna. Obra es ella de la colmena humana; de hombres laboriosos y de algunos genios singulares; acumulación progresiva, a lo largo de los siglos, de pequeños y grandes inventos.

Ahora cambia mi percepción de mi propio ser y del universo circundante. Ya no soy el ser solitario, que pensaba como si nadie hubiera pensado antes que él. Soy un miembro de la gran familia humana. Soy una gota en el océano de la humanidad. Pero una gota pensante. Una gota capaz de aprehender, de apreciar, de agradecer el cúmulo de conocimientos almacenados en mi mente y puestos a mi servicio a cada instante. A la conciencia de mi propio ser y de mi propia grandeza nada le resta la evidencia de que haya otros muchos, otros innumerables seres dotados también de inteligencia y responsabilidad.

V I

Ahora ya me encuentro con más elementos para resolver las dos primeras dudas que me salieron al paso: ¿Desde cuándo existo? y ¿es lo mismo ser, que ser conciente?

¿Desde cuándo existo? La biología nos enseña que un ser humano viene a la existencia mediante la unión de dos células germinativas, masculina y femenina, cada una de las cuales aporta al compuesto la mitad de los cromosomas en los cuales van en germen todas las cualidades y aptitudes corporales del futuro individuo; que este embrión se desarrolla durante nueve meses en el seno de la madre, y cumplidos ellos es dado a luz, aunque su vida es muy precaria y necesita de solícitos cuidados; que poco a poco los sentidos del recién nacido se van adaptando al mundo que los rodea, y poco a poco su inteligencia va ordenando nociones hasta tener plena conciencia de sí mismo y de los demás seres.

Existe, pues, el niño aunque no tiene conciencia de sí mismo, y por tanto no es lo mismo ser que ser conciente.

No podría decir en qué punto de mi infancia tuve conciencia de mí mismo. Alcanzan mis recuerdos claros y precisos hasta los cinco años de edad. Ya entonces yo leía. No recuerdo cuándo ni cómo aprendí a leer. Desde entonces tengo clara idea de la sucesión de los días, los meses y los años y de mis primeras impresiones. Rostros amigos de mi padre y mis hermanos; ejercicios en la escuela de la Hermana Imelda; paseos en los alrededores de Bogotá; la cometa elevada en el llano de Belén; los asuetos de fin de año; el primer viaje a caballo; el mes de María; la procesión del Corpus; el pesebre y el árbol de Navidad; la primera comunión; la muerte de mi padre... y así puedo reconstruir uno a uno los sucesos alegres o tristes de mi vida.

Es, pues, bastante preciso el tiempo en que empezó mi vida conciente, y más preciso todavía el momento en que empezó mi existencia.

Y ahora sí me encuentro, aterrado, al borde del misterio del *no ser*. No faltó nada para que yo no fuera. Mi ser individual es el resultado de la fusión de una determinada célula masculina y otra determinada célula femenina. El cambio de cualquiera de estos elementos produce otro ser, no el mío. Tomando a mis antepasados

uno por uno desde la más remota antigüedad, cualquier desviación en su marcha, por pequeña que sea, habría llevado a otros enlaces y a otros resultados. Entre los millones de células germinativas de cada uno de mis antepasados, y los centenares de sus respectivas consortes, cualquier cambio hubiera desviado la corriente de la existencia, y habría dado por resultado otros muchos seres, pero no el mío.

Mi ser, la unión precisa de estas dos únicas células con estos determinados cromosomas que representan la herencia de siglos y siglos, es algo tan casual, tan contingente, que pone pavor el pensar cuán cerca estuvo el hecho de quedar yo descartado de la existencia para siempre. He ahí la inanidad, la insignificancia del ser contingente. Porque, si yo no hubiera sido, no se habría notado mi falta en la historia del mundo, como no se nota la de miles y miles de millones que cada día pudieran ser, y no son.

Si aplicamos el cálculo de probabilidades a la que yo tenía de existir hace mil años, hallaremos que era casi nula; ¿cuál será pues el resultado, si tenemos en cuenta los centenares de miles de años que hace que empezó sobre la tierra la vida de los hombres?

VII

No queda mi alma satisfecha con la explicación que da la biología sobre el origen de mi propio ser. Ciertamente todas mis cualidades corporales vienen determinadas por los cromosomas heredados de mi padre y de mi madre. Pero yo soy algo más que este cuerpo transitorio, vulnerable y corruptible. Siento en él un espíritu superior, capaz de comprender el universo entero, capaz de conocerse a sí mismo, de conocer y apreciar a los demás hombres, un espíritu libre, que conoce el bien y el mal y puede escoger entre los dos extremos, y se siente responsable de sus actos. ¿Es este el espíritu de mi padre? ¿el de mi madre? ¿O una mezcla de ambos? Sólo pueden mezclarse las cosas corporales. ¿Cómo puede haber mezcla en la simplicidad del espíritu? Y que mi espíritu es simple lo veo: porque en él se reducen a unidad, sin ocupar

lugar, todas las cosas; porque reflexiona sobre sí y encuentra que el *Yo*, simple, es el soporte de todas mis acciones y experiencias; porque siendo el cuerpo extenso, las sensaciones de los diversos miembros no las sienten diversos sujetos, sino el único sujeto que es mi espíritu.

Yo tengo conciencia de mi propio espíritu, y sé y siento con interna evidencia que es un espíritu nuevo, original, mío, que no ha sido antes de nadie, que está en mí *tanquam tabula rasa*, limpio de compromisos, inédito, identificado conmigo mismo para que yo haga de él lo que me plazca. Siento en mí el peso inmenso, el precioso tesoro de esta responsabilidad. Pero ¿de quién lo he recibido? ¿A quién soy deudor de él? ¿Ante quién tengo que responder por su aprovechamiento o por su pérdida? ¿O es que es mío sin que lo deba a nadie?

Siento que ha llegado el momento de las grandes decisiones. Hallo en mi alma dos fuerzas opuestas entre sí; la una, como un vórtice, me mueve a no salir de mí, a buscar en mí mismo la razón de mi existencia, a señalarme a mí mismo mi norma de vida; la otra me impulsa hacia fuera, a buscar fuera de mí la razón de lo que tengo y el complemento de lo que me falta, y a acatar la norma que recibí con la existencia.

A cada una de estas dos tendencias simples

favorecen motivos exteriores que restan fuerza a la contraria.

La tendencia egocéntrica se ve reforzada por cierto factor de elegancia. Entre los demás hombres se hace más notorio y destaca más su personalidad el que sacude de su propio ser todo elemento extraño y da a entender que se basta a sí mismo.

La tendencia altericéntrica, valga la expresión, encuentra apoyo en la actitud de los más grandes genios y más ilustres pensadores que ha tenido la humanidad en toda época, todos los cuales, con muy pocas excepciones, han reconocido y acatado a un ser supremo.

Pero estos refuerzos exteriores nada quitan ni añaden a la verdad escueta, con la cual yo, en este momento, tengo que acertar. Prescindo, pues, de todo lo que me venga de fuera. Yo mismo debo resolver mi problema, a mi satisfacción, pues se trata del momento más trascendental de mi vida. Errar o acertar del todo y por todo y para siempre.

Un sentimiento de angustia surge incontenible de lo más hondo de mi ser. Si acierto, me he salvado. Si yerro, me he perdido. Y nadie puede venir en mi ayuda. No puedo echarme en brazos ajenos. Yo mismo tengo que correr el riesgo y abrazar el peligro.

¿Me hundo en mí mismo rechazando a Dios?
¿Y si Él existe? ¿Y si soy obra suya?

¿Salgo de mí y busco fuera de mí al autor de mi existencia, a quien tendré por tanto que dar cuenta de ella? ¿Y si esta aspiración se pierde en el vacío? ¿No quedaré yo avergonzado ante mí mismo?

¿Existes, mi Creador? No me abandones. No permitas que yo te pierda y me pierda.

Yo no puedo quedar indefinidamente en suspenso. Tengo que decidirme. No puedo ser cobarde. Acepto el peligro y procuraré tomar mi decisión de la manera más razonable, venga lo que venga.

Una consideración atenúa algún tanto mi angustia. Si yo fuera un espíritu puro, y tuviera en mí, a un mismo tiempo y en todo su esplendor los elementos necesarios para resolverme, el salto que voy a dar sería definitivo sin posible rectificación. Pero no es así. Mi espíritu es limitado, mudable, oscurecido por el cuerpo. Por experiencia propia y por la historia de los demás hombres, sé que nuestras decisiones no son irrevocables y que en el curso de la vida podemos hallar nuevas razones, que no habíamos tenido en cuenta suficientemente, y que pueden ayudarnos a entrar por los caminos de la verdad si íbamos extraviados por los del error.

Pero eso supone que nos dure la vida. ¿Y quién nos lo asegura?

En todo caso yo no puedo seguir indefinidamente sin saber si soy o no soy independiente, sin saber qué soy y sin hallar mi centro de gravedad.

Pues bien, mi decisión es esta: Yo no me hice a mí mismo, no me basto a mí mismo, no encuentro piso sólido en mí mismo. Me atengo a Dios. Dios me dio el ser. Dios no me abandona. Dios me dará lo que me falta.

Hay en el fondo de estas palabras un dejo de interés. Pero ¿cuál es el ser inteligente que no se ama a sí mismo? ¿que no desea conservar lo que tiene y adquirir la perfección que le sea posible? Pero es un interés altruísta; no es el egoísmo que todo lo quiere para sí, sino el amor, que lo quiere todo para quien nos lo ha dado todo.

La inmensa luz, la luz en cierto modo infinita del espíritu, no ha podido salir por sí misma de la nada; ni puede ser fruto de una casualidad, palabra que nada dice a mi alma distinto de la misma nada. No encuentro solución razonable para la existencia de mi espíritu sino el soplo creador del Ser Supremo.

En esta región del pensamiento a donde mi alma se siente transportada, ya no me sirven los sentidos, sino una fuerza interior de inteligencia que siento en mí, que tiene sus raíces en las per-

cepciones corporales pero que se mueve por más sutiles caminos con independencia de ellas.

Si mi primera idea segura fue: *Yo existo*, la primera idea en esta esfera superior es: *Yo no hallo en mí razón suficiente para mi existencia*. Cuanto tengo lo he recibido: las cualidades corporales, de mis padres; el espíritu, de Dios.

Pero otras líneas convergentes de mi pensamiento me llevan al mismo resultado. Estoy seguro de mi existencia propia y de la existencia del mundo exterior. *Algo existe*. Luego existe la fuente del ser. Luego existe el ser absoluto y perfectísimo, porque ¿quién puede poner diques al torrente del ser? Si existe algo limitado, es porque el ser infinito le puso sus límites. Si el ser infinitamente perfecto existe, como plenitud del ser y como fuente de toda existencia, se explica la existencia de seres limitados. Si no existe el ser infinito, nada podría existir. No hay razón suficiente para que algo exista.

Dios, el Ser infinito, es pues la razón suficiente, es el Creador del Universo. Este es obra suya. Es su creación.

Contemplemos la creación con toda la perspicacia de que es capaz el intelecto. La obra hablará por el artífice.

Lo primero que sorprende en ella es el esplendor, la magnitud, la variedad. Inmensidad de los cielos, multitud de las estrellas. Distancias in-

conmensurables. Velocidades que casi no pueden concebirse. La luz del sol, que alegra la tierra en que vivimos. La anchura de los mares. La variedad de montes, ríos, llanuras, plantas y animales. Sólo un poder infinito ha podido dar el ser a tantas y tan bellas cosas.

Y ahora admiremos algunos detalles. La regularidad del curso de los astros está diciendo a gritos que una inteligencia superior les señaló su rumbo. Un reloj no puede concebirse sin un relojero; cualquier pequeño insecto tiene una estructura más complicada y delicada que la del reloj más admirable. ¿Quién no ve una inteligencia superior en el misterioso proceso que asegura la trasmisión de la vida en plantas y animales y en el ser humano? ¿Cómo está en germen, en una pequeña semilla, un cedro del Líbano o una ceiba tropical?

Cada uno de los órganos del cuerpo humano es la admiración de los sabios. El ojo por ejemplo. ¿Hay instrumento óptico, elaborado por los más famosos técnicos, que pueda igualar la precisión con que el ojo está construido, y la exactitud con que se adapta automáticamente a los cambios de luz y de distancia?

Y el instinto de los animales, la sabiduría con que la abeja fabrica sus celdillas ¿no muestra a las claras la acción de un ser inteligente que imprimió en su cerebro esa facultad hereditaria?

Pero entre todas las maravillas creadas, ninguna más maravillosa que el entendimiento humano. Solo él imita la acción del Creador y ha podido descubrir tantas verdades en el universo y llenar el mundo con tantas obras portentosas del arte y de la técnica.

Si Dios no existe ¿de dónde procede la inteligencia humana? Dios es el único que explica satisfactoriamente los enigmas del universo, los misterios de la vida y los prodigios del entendimiento. De Él he recibido mi alma y ante Él tengo que responder por ella.

Hay pensadores que juzgan que Dios, el Ser supremo, no es distinto de nuestro mismo espíritu y del mundo que nos rodea. He sopesado serenamente este juicio y lo he hallado vacío.

Es evidente la diversidad de los seres humanos. Yo soy enteramente distinto de cada uno de los hombres, de que nos habla la historia: Alejandro Magno, Nerón, Napoleón, Bolívar. Si cada uno de ellos es idéntico a Dios, y yo también, entonces yo sería Bolívar, Napoleón, Nerón y Alejandro Magno, porque dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí.

Además, Dios es la perfección absoluta ¿cómo puede estar identificado con las creaturas, llenas de imperfecciones físicas y morales? Dios es la plenitud del ser, sin límites posibles. ¿Cómo pue-

de ser una misma cosa con los seres visibles, en todo sentido limitados?

Otros piensan en la evolución de la materia informe, de la que van saliendo poco a poco formas de existencia cada vez más altas: vegetales, protozoarios, vertebrados, antropoides, y finalmente el hombre en el cual el universo llega a adquirir conciencia de sí mismo. Y esta infinita dignidad y excelsitud de la conciencia y el pensamiento humano es la suma perfección del universo. Es la floración de Dios que brota de sí las ideas de bondad, de rectitud, de generosidad, de perfección moral, a la que hay que llegar por impulso interno y no por imposición exterior.

Que todo el universo corporal ha podido salir de un solo germen, como de una semilla un árbol gigantesco, lo admitía ya San Agustín. Pero ese germen no tenía en sí mismo la razón de su existencia. El ser que tiene en sí mismo la razón de su existencia es necesario, y por consiguiente eterno e infinitamente perfecto. Y ese germen es del tiempo; luego no es eterno. Ese germen no es infinitamente perfecto, cuando evoluciona, cuando por todas partes se ven las imperfecciones y limitaciones de las cosas visibles.

Ese germen, pues, depende de otro ser que lo llame a la existencia.

Además, bien puede explicarse por evolución, si esa fue la voluntad de Dios, el desarrollo del mundo corporal; pero no la aparición del espíritu, del ser pensante, reflexivo, responsable que está en otro orden de cosas, que se mueve por fuerzas enteramente distintas de las fuerzas corporales.

La teoría, pues, de la evolución atea o panteísta, es puramente gratuita, inconsistente, desprovista de toda evidencia y de todo fundamento lógico. Es una invención de espíritus conscientes de su propia excelencia, pero incapaces de aceptar que esa misma excelencia racional la tienen y han tenido muchos individuos; que ninguno de ellos la tiene por su propia virtud, y que por tanto es lógico pensar en la inteligencia suprema, necesaria, infinitamente perfecta, fuente del ser y creadora de todas las cosas y de todos los espíritus.

Que la conciencia sea la floración de Dios en el universo ¿cómo puede aceptarse, cuando vemos que tantos hombres, tantos seres dotados de conciencia llevan una vida indigna de seres racionales, son rapaces, crueles, injustos y entregados a los más viles placeres?

VIII

Hora es ya de abordar dos problemas importantes que se han tocado de paso hasta ahora: el tiempo y el espacio.

Ya tengo del tiempo una noción experimental: yo soy; yo era; y años atrás, yo no era; y años adelante espero y anhelo ser todavía. Mi duración es mi tiempo. Como otros seres que me rodean tienen también su duración, tienen también su tiempo. Unos más extenso, otros menos. El sol ha durado más que yo, pero la florecilla del campo dura menos que yo. El tiempo del sol es más extenso que el de la florecilla del campo.

Todos los seres que me rodean cambian constantemente; el más conspicuo de esos cambios es el movimiento. Vemos moverse a la mayor parte de los cuerpos; pero aun aquellos que parecen fijos, como las rocas, sabemos que se mueven vertiginosamente siguiendo la rotación de la tierra;

y la geología nos enseña que hace miles de siglos esas rocas no eran; y que, andando los tiempos, no serán. Todo lo que está sujeto a la observación de mis sentidos, pasa; todo es flúido, inconsistente, mudable. Cambios físicos y transformaciones químicas están en perpetuo ir y venir. Todo empieza, se desarrolla, decae y termina. Todo ser viviente nace, crece, vive, declina, envejece y pasa. Y el universo entero corporal tuvo que tener un principio, está en constante evolución y tiende a la inercia final.

Estos seres corporales duran, pero duran cambiando, duran pasando, duran en perpetuo devenir. Su duración es el tiempo.

El tiempo puede definirse: la duración de las cosas que pasan. *Duratio rerum mutabilium*. O más brevemente, *duratio motus*, la duración del movimiento, entendiendo por tal todo cambio, modificación, proceso a que están sujetos los seres corporales mientras dura la evolución del universo.

Es una ilusión pensar que existe el tiempo, como una corriente sutil distinta de las cosas. Cada cosa tiene su duración, cada cosa tiene su tiempo.

Pero también puede concebirse el tiempo en un sentido más general, como contrapuesto a la eternidad, y entonces es la duración de todo el universo visible que, puesto que está en evolu-

ción, tuvo principio, y puede durar indefinidamente en transformaciones sucesivas, hasta llegar a un estado de inercia final en el cual, degradada y uniformemente distribuida en todo el cosmos la energía, sea imposible toda reacción, todo cambio y todo movimiento.

Los hombres necesitan medir el tiempo, porque la duración de las cosas tiene diversa magnitud. Para esta medida la naturaleza nos ofrece una unidad insuperable, conspicua, inalterable, igual para todos los hombres: la rotación de la tierra, la sucesión de los días y de las noches. Un día es la unidad de medida del tiempo humano; para duraciones de mayor consideración están el mes y el año, también con fundamento astronómico; y el siglo, enteramente arbitrario.

Para duraciones menores la medida arbitraria es la hora. En una hora el sol recorre en apariencia la vigésima cuarta parte de su curso. La hora, como si fuera un círculo, se divide en 60 minutos, el minuto en 60 segundos, y el segundo en décimas, milésimas y hasta millonésimas de segundo.

Una u otra de estas medidas se aplica a las diversas ocupaciones de la vida humana, al curso de la historia, a los cambios físicos y reacciones químicas, a los fenómenos atómicos y a los procesos cósmicos.

Así a cada cosa que dure, poco o mucho, pode-

mos aplicarle su respectiva medida y comparar su duración con la de las otras cosas.

Del espacio tengo la primera noción por mi mismo cuerpo. Veo en él partes y partes; la cabeza distante de los pies; las manos cada una en su lugar sin que puedan compenetrarse. Moviéndome de una parte a otra llego a tocar cuerpos más o menos distantes, y hallo también que son impenetrables; y la vista me descubre en el horizonte objetos muy lejanos, a los cuales sin embargo puedo llegar en más o menos tiempo. Tengo así noción directa y precisa de la extensión y la distancia.

El espacio es algo esencialmente relacionado con la existencia de los cuerpos. Donde hay un cuerpo hay espacio; donde puede haber un cuerpo, hay espacio. El espacio en que está un cuerpo no es cosa distinta de él. El espacio que puede ocupar un cuerpo no es cosa; hay quien lo juzga pura imaginación. Espacio real es el que ocupa un cuerpo. Espacio imaginario el que puede ser ocupado. Entre las definiciones precisas y luminosas de Aristóteles está la del espacio: *Capacitas corporum locandorum*. Capacidad, vacío, oquedad, posibilidad para colocar un cuerpo.

Aunque esta definición, en realidad, no nos da idea sino del espacio imaginario, del espacio en el cual ningún cuerpo se ha colocado todavía.

Espacio real no es cosa distinta de la exten-

sión del cuerpo que lo ocupa. Podría, pues, definirse el espacio en sentido más general, *extensio realis aut possibilis*. La extensión real o posible.

Los cuerpos son unos más extensos que otros, y la distancia que los separa puede ser muy grande o muy pequeña. También aquí ha sentido el hombre la necesidad de comparar extensiones y distancias, y de buscar para ello unidades adecuadas. Pero no ha encontrado, como en el tiempo, una unidad natural, y por eso hay tanta diversidad de medidas de longitud y volumen en los diversos pueblos. Muchas de las primeras se tomaron del cuerpo humano: el pie, el palmo, la pulgada, el codo o antebrazo. Tienden a generalizarse como más científicas las del sistema métrico decimal.

Distancias microscópicas se miden por micras, o sea, milésimas de milímetro. Distancias siderales, por años de luz: espacio que recorre en un año un rayo de luz, a razón de 300.000 kilómetros por segundo.

El concepto de *nada* y el de *espacio* son distintos. *Nada* es negación de todo ser. *Espacio*, afirmación de que un cuerpo cabe, o está colocado.

Si quitamos todo lo que existe entre la tierra y la luna ¿qué queda? Espacio; la misma capacidad de antes, en la cual pueden volver a colocar-

se los cuerpos que quitamos, u otros de igual extensión.

¿Puede Dios escoger el sitio donde ha de poner el primer cuerpo que crea? No tiene sentido hablar de sitio antes de la creación del primer cuerpo. El primer sitio posible es el que ocupe el primer cuerpo creado. De modo semejante podría decirse: ¿Puede Dios escoger el instante en que ha de crear la primera criatura? No tiene sentido hablar de instante cuando no existe un ser creado. El primer instante posible es aquel en que empieza la existencia de la primera criatura.

Después de creado el primer cuerpo ¿puede Dios escoger la distancia a que puede colocar otro segundo? Sí. Esa distancia está determinada por la mayor o menor extensión de cuerpos que puedan colocarse entre ambos.

El espacio se concibe anterior a los cuerpos; el tiempo, posterior a ellos. No se ve repugnancia en que un cuerpo extenso pierda su impenetrabilidad, y todas sus partes se penetren unas con otras y ocupen por tanto el mínimo espacio físicamente posible. Tampoco hay repugnancia en que los procesos a que está sujeto todo cuerpo se aceleren, abreviando el tiempo; pero ese tiempo mínimo tiene también físicamente un límite. Nunca puede ocurrir en un instante lo que por su naturaleza es sucesivo, como es un viaje de ida y

regreso, el crecimiento de una planta o la transmisión de la vida de generación en generación.

El tiempo y el espacio son señales de imperfección. El ser que vive en el tiempo no posee simultáneamente todo lo que puede tener, sino sucesivamente: pierde y gana; deja de ser en algún sentido para empezar a ser en otro; cambia, se muda; lo que era ayer no es hoy, y lo que es hoy no será mañana. Hay en él un fundamento, que sostiene los cambios: lo llamamos *sustancia*, (lo que está debajo) y a los cambios mismos llamamos *accidentes* (lo que llega y se añade).

También hay cambios sustanciales: entonces termina la existencia de un ser y da paso a otro. Así son los seres temporales: sucesivos, precarios, caducos.

Y el ser que existe en el espacio no tiene tampoco todas sus perfecciones en sí mismo, en su simple entidad, sino unas al lado de otras, unas fuera de otras; donde la una se afirma la otra se niega. Así el árbol, donde tiene su raíz no tiene sus ramas. Así el hombre tiene dispersos sus miembros y sentidos por toda la extensión de su cuerpo. Los seres espaciales son compuestos, agregados de otros seres, divididos en partes y sujetos por tanto a disgregación y ruina.

El tiempo no se concibe como algo necesario. Cuando termine la evolución del universo corporal, el tiempo acaba. El espacio sí se concibe co-

mo necesario. La masa inerte en que termine el tiempo, ocupará espacio.

Antes de la creación de los cuerpos no había tiempo, pero sí había espacio.

Mi espíritu no tiene nada más que interrogar al tiempo; pero no acaba de entender el espacio. ¿Es? ¿O no es? No es Dios, como es vidente. No es un ser creado; porque antes de todo ser creado había espacio; y si Dios aniquila todo ser creado, queda el espacio. El espacio no es Dios, ni cosa creada por Dios. No es cosa; no tiene existencia. ¿Es un puro concepto mío? No, porque aunque yo no existiera, habría espacio.

El espacio no tiene relación con mi existencia; pero sí tiene relación con la existencia del ser necesario, del SER en toda su grandeza y simplicidad.

Dios puede crear todo lo que no repugne. Puede crear seres simples, espíritus que no ocupan espacio. Puede crear seres compuestos, agregados de partes, cuerpos que muestran su imperfección en que son seres disgregados, repartidos en partículas, o moléculas o átomos, o elementos atómicos, cuya energía y cuyas propiedades dependen de la mutua acción de estas partes entre sí, y en los cuales por consiguiente hay *dentro* y *fuera*, es decir hay extensión, hay espacio. Espacio limitado por la existencia de cada cuerpo. Espa-

cio ilimitado, porque Dios puede crear indefinidamente más y más elementos corporales.

Esa especie, pues, de infinitud con que se presenta la idea del espacio, no es más que un reflejo, en la mente humana, del poder infinito del Creador, que por muchos mundos y universos que creara, no podría agotarse.

IX

He venido haciendo uso de mi entendimiento para analizar las ideas que encuentro en mí y determinar hasta qué punto responden a la realidad.

Pero ¿puedo fiarme de la conformación de mi entendimiento? ¿Cómo saber si funciona correctamente, o si al pasar por él las ideas, sufren una especie de refracción que me lleva a falsas conclusiones?

No puede probarse lógicamente la veracidad de mis operaciones mentales. Porque no podría probarlo sino haciendo uso de ellas, y por tanto suponiéndolas veraces. Pero sí puedo tranquilizar mi espíritu, ocupando sin temor el lugar que me corresponde en el universo.

El ser absoluto es la absoluta verdad, el absoluto bien, la perfección absoluta sin posibilidad de imperfección. Si en mis facultades hay una posibilidad intrínseca de error, es porque yo no

soy el ser absoluto. Soy un ser relativo, un ser creado, en todo pendiente y dependiente del Creador. Si en mis facultades conocitivas hay una falla intrínseca y necesaria, sería falla del Creador; pero como Él, por su infinita perfección, ni puede engañarse ni puede engañarme, debo descansar tranquilo con la seguridad de que tal falla no existe.

Acepto, pues, con toda seguridad, como el primer don de Dios, mi entendimiento tal como es y tal como funciona.

Y voy a analizar un poco su funcionamiento.

Mi entendimiento es muy limitado y lento. No abarca de una ojeada todo el ámbito del ser, sino que tiene que moverse poco a poco apoyándose en lo conocido para avanzar a lo desconocido. Las primeras nociones del entendimiento están empapadas en sensibilidad, como lo hemos visto al principio, pero en seguida elabora él otras que ya no incluyen sensaciones. Primero la idea del ser y del no ser. La idea de poder ser y no ser, y por tanto la del ser contingente; y —consecuencia inevitable— la del ser necesario y absoluto.

Viene después el primer juicio abstracto y normativo: es imposible que una cosa sea y no sea simultáneamente y en un mismo sentido.

Lo que no es, puede llegar a ser, pero no por su propia virtud. He aquí, pues, el segundo juicio abstracto y normativo: Nada puede existir sin

razón suficiente. El procedimiento habitual de mi entendimiento es la comparación: enfrentar una noción con otra, y ver hasta qué punto coinciden y en qué difieren. Instintivamente aplica entonces el entendimiento este otro juicio normativo:

Dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí. Base del raciocinio lógico, de lo que llamaron los griegos *silogismo*.

La experiencia, poco a poco, va descubriendo otros menos importantes juicios normativos:

No hay efecto sin causa.

Una misma causa en idénticas condiciones produce idénticos efectos. Diversos efectos suponen diversas causas, o una causa en diversas condiciones.

X

Hay quien niega la objetividad del concepto de causa. Para mí son claras las consideraciones siguientes.

Entiendo por causa la razón suficiente de las cosas creadas y de sus modificaciones. Dios tiene en sí mismo su razón suficiente; no depende de ninguna cosa. Todas las cosas creadas tienen primeramente en Dios su razón suficiente. Entre los innumerables universos posibles Dios escogió el actual y le dio el ser. Dios es la causa primera de todo cuanto existe fuera de Él. Pero Dios no hizo el universo inerte. Dotó a las criaturas de ciertas fuerzas, por medio de las cuales se influyen unas a otras y desarrollan el plan de la evolución del universo. En las criaturas está pues, por voluntad de Dios, la razón suficiente de cada uno de los cambios que en su conjunto hacen la evolución del universo.

Tan cierto como que el sol existe, es que el sol calienta. Tan cierto como que el agua existe, es que el agua obra múltiples efectos: calma la sed, limpia, lava, fecundiza, erosiona, inunda y destruye ciudades y campos. O bien mueve en su curso poderosas turbinas; o bien, convertida en vapor, hace presión en sus recipientes y puede poner en movimiento poderosas máquinas.

La eficacia de las fuerzas magnéticas no la negarán los navegantes que se guían por la brújula, ni los hombres de progreso, que producen luz y fuerza con poderosos generadores eléctricos.

Las fuerzas ocultas en el átomo tienen todavía a la humanidad aterrada ante la disyuntiva de que vengan a servir para el bienestar de los hombres o para la destrucción de la cultura.

El universo entero es un gran laboratorio donde a cada instante se están produciendo toda suerte de reacciones químicas, toda clase de desintegraciones y fusiones atómicas.

Veamos el proceso evolutivo de una planta. La semilla fecunda cae en tierra y por el calor del sol y la humedad del suelo germina. Las pequeñas raíces en contacto con la tierra extraen de ella los jugos necesarios para el crecimiento. Los pequeños tallos, por un proceso misterioso, transforman la energía solar y la acumulan, invirtiendo la marcha general de la degradación de la energía y

produciendo los procesos vitales que hacen que la planta crezca, florezca y dé su fruto, con las semillas que continuarán indefinidamente, mientras las circunstancias sean favorables, la trasmisión de la vida de la especie. Y en el que pudiéramos llamar cadáver de la planta queda almacenada la energía que más tarde usará el hombre en forma de carbón o de petróleo.

¿Y qué decir de la acción de los microbios: bacterias, virus, levaduras que se encuentran en todas partes, que trasforman, al multiplicarse, los elementos en que viven, y producen efectos benéficos unos, otros desastrosos para la vida de hombres y animales?

Junto a la inmensa actividad cósmica de los elementos, es reducida, pero muy significativa, la acción del reino animal. Desde los diminutos protozoarios hasta los grandes cetáceos del océano, los animales están en constante actividad, siguiendo el instinto impreso por el Creador en ellos, y contribuyendo al desarrollo de los planes divinos, a la hermosura del cosmos y a la utilidad del hombre.

¿Son todos éstos, procesos imaginativos, o procesos naturales? ¿Son reales las fuerzas que vemos en acción en la naturaleza y que el hombre encadena y aprovecha para sus empresas, o mera ficción de poetas y filósofos?

No puedo dudar de que los cuerpos tienen su propia actividad. Actividad mecánica que pueden ejercer las masas en movimiento; actividad física de los cuerpos que irradian calor o producen ondas luminosas o electromagnéticas; actividad química que combina en diversas formas los distintos elementos; actividad atómica, que integra o desintegra los átomos; actividad vital de plantas y animales. Prescindamos por ahora de la actividad humana.

Sí, los cuerpos tienen sus propias fuerzas, producen sus propios efectos. De Dios han recibido, junto con el ser, la fuerza y la actividad.

Pero no puede dividirse el universo en causas y efectos, en seres activos y pasivos, en cuerpos que producen actividad y cuerpos que la reciben.

Todos los cuerpos están íntimamente ligados entre sí, y todos se influyen mutuamente. No es la tierra la que atrae a la manzana: se atraen mutuamente, así sea mínima la parte que en el resultado corresponda a la manzana. También hay intercambio de calor entre el sol y la tierra; y no dejarán de dar y recibir mutuamente calor todos los cuerpos hasta que la temperatura sea uniforme en todos ellos.

Del mismo modo que en la atracción universal, las atracciones y repulsiones eléctricas son mutuas. Mutuo es también el influjo de los elementos en las reacciones químicas. La fusión ató-

mica es semejante a una reacción química; y la fisión no puede atribuirse solamente a la partícula que bombardea el núcleo, sino a que, roto en éste el equilibrio, estalla con su propia fuerza interior.

En resumen: la acción de unos cuerpos sobre otros es real, pero no unilateral, sino mutua. Las causas en el mundo de la materia son, pues, relativas, y tal vez debieran llamarse más bien *con-causas*.

Y su actividad, aunque propia y real, es tan restringida, que no pueden producir el ser, sino solo modificarlo conforme a leyes preestablecidas por el Creador. No pueden producir la vida, sino sólo trasmitirla.

Sólo hay una fuente de donde brota todo el ser y todos los seres. Ser por excelencia; ser perfectísimo: ser sin limitación ninguna; ser pleno, completo, sin sombra de no ser. Lo nombramos con una sílaba: *Dios*, o también el *Ser Supremo*. Él ha dado el ser a todas las cosas que ocupan el tiempo y el espacio; todo lo que no tiene en sí mismo razón suficiente de existir.

Dios es, pues, verdadera causa, que da el ser a aquellas cosas que pueden ser o no ser. El concepto de causa eficiente se verifica en Dios con plenitud.

Entre los seres creados no es fácil concebir uno que dé el ser a otro.

Los primeros que se presentan al espíritu cuando pensamos en creaturas que dan el ser a otras son los seres vivientes que engendran a sus semejantes. ¿Hasta qué punto los insectos, las aves, los peces, los cuadrúpedos dan a sus hijos la vida?

Veamos los animales más sencillos: los protozoarios. Son unicelulares; crecen hasta cierto límite, y a las pocas horas se dividen en dos; y cada uno de estos dos individuos a su vez crece y se divide, y así indefinidamente. Gran parte de las rocas y de las arenas que forman la corteza terrestre, no son sino despojos de protozoarios. ¿Hay aquí un ser que dé la vida a quien pueda llamarse su hijo? No por cierto. Hay una chispa de vida que puso Dios en la materia debidamente organizada, con facultad de asimilar la materia circundante, crecer y dividirse, para que sean dos, cuatro, ocho, y no uno solo los individuos vivientes. Cada uno de esos individuos tiene la misma vida que Dios infundió en la materia. Son unos posteriores a otros, pero no unos producidos por otros.

Causa, según Suárez, es *principium per se influens esse in aliud*, el ser que da el ser a otro. Tomemos una ameba. Al dividirse quedan dos. ¿Cuál dio el ser? ¿Cuál lo recibió?

Los bellos gusanitos acuáticos, o seres vermiculares llamados rotíferos, tienen un organis-

mo complicado y piel trasparente, de modo que al microscopio se pueden observar directamente todas las funciones de sus órganos. Se reproducen virginalmente. Ponen cierto número de huevos que conservan adheridos a su propio cuerpo, hasta que salen de ellos los nuevos gusanitos a nadar por su cuenta.

Aquí sí parece que hay un ser que da el ser a otros. Pero si examinamos atentamente este fenómeno, veremos que se parece mucho al de la ameba. El Creador dio al rotífero todas sus facultades, y él las ejerce con la misma necesidad con que se cumplen las leyes físico-químicas. Con la misma invariable e ineludible necesidad con que el gusanito digiere y forma para su organismo nuevas células, con esa misma forma sus huevos, los cuales, por un misterioso poder que Dios ha puesto en la materia viva, tienen en ínfimo volumen capacidad para desarrollarse hasta formar un nuevo gusanillo, el cual a su vez formará otros huevos, de donde saldrán otros y otros individuos.

La ameba se divide en dos partes homogéneas. El rotífero se divide en varias muy desiguales: una, el organismo desarrollado; otras, pequeños gérmenes en que el organismo está comprimido, pero listo a desarrollarse hasta igualar a la primera.

Veamos ahora otros gusanos, mucho mayores, que se encuentran en los mares del sur, sobre to-

do en la isla de Samoa. Son los palolos, que tienen fama de astrónomos, porque, según dicen los naturales, llegan sin falta a la isla por millones en la última luna de noviembre, y precisamente en el cuarto creciente.

Extraña es su manera de multiplicarse. En el mes dicho producen todos, machos y hembras, un largo apéndice, lleno de las respectivas células germinativas. Se desprenden de él, lo abandonan y huyen a refugiarse en los arrecifes de coral. Los apéndices llegan flotando en grandes bancos a la costa y los naturales salen a recogerlos con centenares de canoas, pues es su plato favorito. Pero por muchos que recojan, son muchos más los que cubren el mar, con esta particularidad: que al encontrarse un apéndice lleno de espermatozoides con otro lleno de óvulos, ambos estallan y vierten en el mar su contenido. Los óvulos, fecundados por miles, se van al fondo, donde nacerán los nuevos gusanos.

¿Quién, sino Dios, en aquel hervidero de gametos, puede saber de cuál macho y de cuál hembra procede cada uno de esos gusanillos? ¿No queda aquí enteramente desvanecida la relación de paternidad o de maternidad? En cambio aparece claro que Dios ha asegurado la conservación de las especies de diversas maneras, desde la división del protozoo hasta la conjunción de células germinativas de distinto sexo.

El protozooario, el rotífero, y así otros animales semejantes, trasmite a sus descendientes la totalidad de los cromosomas en que se hallan en germen las propiedades del nuevo individuo. En cambio los que se reproducen sexualmente tienen de peculiar que la célula germinativa, tanto en el macho como en la hembra, reduce a la mitad sus cromosomas, de modo que al completarse ellos en el huevo fecundado, el nuevo ser recibe la mitad de su herencia del padre y la otra mitad de la madre. Si quiere alguno llamar causa eficiente al ser que sirve de instrumento para esta transmisión, bien puede hacerlo; siempre que no olvide que la tal causa no tiene propia iniciativa, ni puede escoger su modo de actuar, ni es causa eficiente del ser, ni infundió la vida en la materia; es un puro intermediario que ejecuta los planes de la providencia.

XI

Solamente a la creatura dotada de inteligencia, o sea al hombre, ha dado Dios poder para intervenir en los procesos naturales, dirigiéndolos en uno u otro sentido y modificándolos según su propia conveniencia.

Después de largos siglos de lucha sobre la tierra, el hombre dominó el fuego, es decir consiguió producir a su voluntad las reacciones químicas que producen combustión, y por medio del fuego pudo extraer de la tierra y modelar a su gusto los metales, con lo cual aumentó su poder sobre la naturaleza inerte.

Más tarde, y aun antes de conocer la naturaleza de la electricidad, dominó el flujo eléctrico y lo hizo servir para iluminar las tinieblas de la noche y para mover toda clase de máquinas. Y hoy día asistimos pasmados a los progresos de la electrónica que trasmite sonidos e imágenes de un ex-

tremo al otro del mundo, hace en máquinas calculadoras, en pocos segundos, operaciones que muchos hombres no podrían ejecutar en siglos, y guía vehículos por el espacio ignoto transmitiendo a la tierra observaciones y fotografías de objetos que nunca había podido contemplar el ojo humano.

Pero todo esto es poco cuando consideramos que el hombre ha conseguido desintegrar los átomos, poniendo en libertad inmensas cantidades de energía, con la cual, locamente manejada, podría destruir en pocas horas las principales ciudades del mundo, pero también, si guía su conducta por los sabios impulsos que Dios ha impreso en su espíritu, puede llegar a transformar el planeta en que vivimos, haciendo la vida fácil y agradable a toda la humanidad.

La inmensa variedad de objetos que embellecen hoy la vida se debe a los nuevos materiales que el hombre ha sabido producir combinando viejos elementos.

¿Y qué decir de la multitud de plantas que adornan nuestros jardines y fomentan las industrias y nos dan alimentación abundante y variada? En siglos de paciente selección ha ido formando el hombre nuevas variedades de frutas, por ejemplo, que apenas remotamente recuerdan su humilde origen.

Y aun en el reino animal, pensemos en la variedad de perros, desde los que, como un juguete, caben en la mano, hasta los gigantescos daneses o de raza San Bernardo. Pensemos en estirpes como la de caballos de carrera o la de toros de lidia. Pensemos en las razas de ganado vacuno, unas adaptadas para la producción de leche, otras de carne, otras para resistir los más extremos climas.

Y volvamos a insistir en una idea insinuada anteriormente.

Una granja moderna, que trata de mejorar la ganadería de una región, interviene de tal modo en la vida de los animales, que deja al descubierto la íntima trama de la trasmisión de la vida, y desvanece la relación de paternidad o de maternidad.

Por medios técnicos se obtienen las células germinativas de un reproductor noble, se envasan en ampolletas y se envían a centenares y miles de kilómetros para que sean inyectadas a las hembras. Pero si una hembra es también de fina raza, no se la deja pasar los trabajos de la gestación, el parto y la lactancia.

Fecundado el óvulo, se extrae y se le acomoda a otra hembra de raza ordinaria, que es la que lo alimenta durante su formación, y da a luz el nuevo ser.

Lo esencial en la trasmisión de la vida es que si la célula germinativa ha reducido a la mitad sus cromosomas, vuelva el número de ellos a integrarse, por la fusión de una célula femenina y otra masculina. La manera como esta fusión se logre es lo de menos. La chispa de vida es de Dios; los animales la transmiten ciegamente conforme a su instinto. Solo el hombre puede intervenir con su inteligencia en este proceso, para conseguir fines que busca su propia conveniencia.

De la vida humana no puede hablarse con el mismo criterio. Más tarde entraremos con reverencia en este santuario de la divinidad.

En resumen: La actividad de los cuerpos no es ilusoria, es real. Pero ellos no pueden dividirse en causas y efectos como en dos categorías. Todo cuerpo es un centro de actividad, pero de ninguno fluye el ser. Influyéndose mutuamente modifican su estado físico o dan origen a otros cuerpos más complicados o más simples, sin que una sola partícula material o un solo cuanto de energía se gane o se pierda en estas transformaciones. Los cuerpos realizan ciega y necesariamente la evolución del universo conforme a los designios del Creador. Pero el hombre sí puede intervenir en este proceso cósmico y desviarlo o conducirlo según sus conveniencias. Y esto no sólo tratándose de elementos sin vida,

sino también de plantas y animales. Así se ve que el hombre es verdaderamente el rey de la creación, y el único que merece compartir en cierto modo con el Creador el privilegio de ser causa eficiente de otros seres.

XII

Aunque estamos muy lejos de conocer la naturaleza íntima de los cuerpos, sí han avanzado mucho los hombres de ciencia en la investigación de lo que pudiéramos llamar su esqueleto, o sea, la armazón que los sustenta, o por lo menos los elementos de que ella consta.

En ninguna cosa es tan admirable la sabiduría de Dios como en el hecho de que con tan pocos elementos haya dado el ser a la multitud y variedad de cuerpos que constituyen el universo.

Los últimos descubrimientos en el campo atómico tienden a borrar el límite entre materia y energía, pero todavía tenemos que atenernos a esta diferencia para darnos a entender. Todo el universo consta, pues, de *materia, energía y éter*. La materia son los elementos extensos o ponderables del átomo, y parecen ser de dos clases: *nucleones y electrones*. Los primeros forman el nú-

cleo del átomo, y según que tengan o no carga eléctrica se llaman *protones* o *neutrones*. Los segundos forman la corte de partículas que acompaña al núcleo en mayor o menor número.

Es el electrón un pequeño grano de electricidad, de masa mínima, que aparece en las más diversas condiciones siempre con las mismas características: la misma pequeñísima masa y la misma carga eléctrica. Es, por decirlo así, un átomo de electricidad.

No debemos pensar que el nucleón es un elemento simple; por el contrario, parece ser de una gran complejidad, todavía misteriosa, de la cual dan testimonio los llamados *mesones*, y otras partículas medio hipotéticas de efímera existencia. Lo que sí sabemos es que en el núcleo está concentrada casi toda la masa del átomo. Si el diámetro de éste es del orden de 10^{-8} centímetros, el del núcleo es diez mil veces menor. Imaginémosnos una naranja en el centro de una plaza circular de un kilómetro de diámetro.

Algunos físicos hablan hoy de antimateria, antielectrones, antiprotones. Precisamente el premio Nobel de este año 1960 se concedió a los inventores del antiprotón. El lenguaje es incapaz de expresar la complicación del funcionamiento del átomo. Muy impropio es el término *antimateria*, ya que antielectrones no son sino electrones con carga positiva, o sea positrones, cuya vida es tan

corta como un relámpago; y antiprotones, de vida no menos fugaz, son protones con carga negativa.

Aunque pasa de un millón el número conocido de cuerpos químicamente diferentes, la inmensa mayoría de ellos son compuestos, y cada día se producen nuevos en los laboratorios. Los cuerpos simples estables no son sino 92, a los cuales hay que añadir otros 10 de muy poca estabilidad, como que la duración de algunos de ellos, si es que existen fuera de la región de los cálculos, no alcanza sino a una fracción de millonésima de segundo.

Los cuerpos simples forman una escala continua que empieza con el hidrógeno y termina en el nobelio. El hidrógeno tiene un protón en el núcleo y en la periferia un electrón, con el que se equilibra. El nobelio cuenta 102 protones y 102 electrones. En la terminología de los físicos se dice que el número atómico del hidrógeno es 1, y el del nobelio, 102.

Ni una grada está vacía en esta maravillosa escala.

El número atómico del carbono es 6, el del oxígeno 8, el del aluminio 13, el del hierro 26, el del cobre 29, el de la plata 47, el del platino 78, el del oro 79, el del mercurio 80, el del plomo 82, el del radio 88, y el del uranio, que es el más pesado de los elementos estables, 92.

Es admirable ver que, a una diferencia tan pequeña en la estructura, como es un protón y un electrón más o menos, corresponda una variedad tan grande en la naturaleza de los cuerpos como la que se observa entre el oro y el mercurio.

XIII

El segundo elemento constitutivo de los cuerpos es la energía. Energía, en lenguaje corriente, es voz que abraza las diversas fuerzas que obran en la naturaleza. Estas son, en resumen, fuerzas de atracción y fuerzas de repulsión. Las más conocidas son las siguientes: La fuerza de atracción que mantiene unidos los nucleones en el átomo. Es diversa de la de atracción universal; mucho más fuerte, y disminuye con mucha mayor rapidez en relación con la distancia.

Segundo, las fuerzas eléctricas o electromagnéticas, que tienen la característica de tener dos signos, que los físicos llaman positivo y negativo. Cargas de un mismo signo se rechazan; cargas de signo contrario se atraen.

En el átomo, el electrón es la cantidad mínima y fija de electricidad negativa; el protón, así mismo, de electricidad positiva.

Los protones del átomo se rechazan, pero como es mucho mayor la fuerza de atracción nuclear entre ellos, éste no se desintegra. Electrones y protones se atraen mutuamente; aquéllos son de masa mucho menor que éstos y se precipitarían sobre ellos si esta fuerza de atracción no estuviera contrarrestada por otra, que los sabios piensan puede ser una fuerza centrífuga que los haga girar alrededor del núcleo. Bien así como los planetas giran alrededor del sol y gracias a ello no se precipitan sobre él.

Los electrones de un átomo se rechazan entre sí, y nunca tropiezan en sus órbitas, pero todos son retenidos por el núcleo.

Así se ha llegado a concebir cada átomo como un pequeño sistema planetario. El diámetro de la órbita de cada electrón puede variar, pero no en forma continua, sino como por saltos de magnitud determinada. Al pasar el electrón de una órbita exterior a otra más interior, suelta energía, en forma de luz o de otras radiaciones.

Esa misma energía hay que proporcionársela si se quiere volverlo a la órbita anterior. Estos son los conocidos *cuantos* de energía, descubiertos por Planck.

El hombre ha llegado en gran parte a dominar los electrones; los hace correr por un hilo metálico produciendo la corriente eléctrica, de tan útiles aplicaciones, o por medio de la técnica elec-

trónica, los obliga a hacer los más sorprendentes oficios: grabar música o la voz humana en hilos o cintas adecuados; trasmitirlas a remotas regiones en la radiodifusión; poner presente lo que sucede a gran distancia en los televisores; manejar las máquinas de una fábrica y hacer rápidamente los más complicados cálculos.

Un electrón, o un átomo con más electrones de los que le corresponden, es electricidad negativa. Un átomo, con menos electrones de los que le tocan, es electricidad positiva. Esta nomenclatura es arbitraria. Se había adoptado antes de conocer la naturaleza de la electricidad, y ha venido a resultar paradójica.

Átomos con más o menos electrones de los que debían tener se llaman *iones*.

Un gas está ionizado cuando en él hay muchos iones, y a ellos se deben las terribles tormentas y el rayo destructor; pero también el hombre ha logrado domesticar los iones, que, aprisionados en estrecho recinto, producen los rayos X y la luz fluorescente.

Después de la fuerza eléctrica, sin la cual no podría entenderse el átomo, citemos la fuerza que une varios átomos para formar una molécula, y por último la atracción universal, que hace que todos los cuerpos se atraigan mutuamente con una fuerza directamente proporcional a su masa e inversamente al cuadrado de la distancia.

Las moléculas de todos los cuerpos pueden hallarse en estado sólido, líquido o gaseoso, según la temperatura y la presión del medio ambiente. El agua, por ejemplo, con una atmósfera de presión es sólida a cero grados o menos; líquida entre cero y cien grados centígrados, y gaseosa a mayor temperatura. En las temperaturas altísimas del sol y de algunas estrellas, son gaseosos todos los metales y las tierras más refractarias. En cambio, en el cero absoluto, serían sólidos los más livianos gases como el helio y el hidrógeno.

La materia en estado gaseoso descubre una nueva fuerza, y es la que hace que las moléculas se rechacen entre sí, tanto más cuanto mayor es su temperatura; y tal vez sea análoga a esta fuerza de repulsión aquella otra en virtud de la cual el universo entero se halla en expansión, de tal manera que las galaxias que lo componen huyen unas de otras hacia lo desconocido con velocidades fantásticas.

XIV

No podría actuar ninguna de estas fuerzas, si no hubiera entre los cuerpos y entre los mismos átomos un medio por donde puedan trasmitirse. A este ser misterioso lo han llamado éter.

No faltan físicos que niegan su existencia, porque, empeñados en sujetarlo a las leyes de la materia visible, lo encuentran contradictorio. Pero ¿por qué no empezar por conceder que es un ser con su propia naturaleza y sus propias leyes? ¿Por qué intentar meterlo a la fuerza en moldes que no se hicieron para él? Veamos sus efectos que son innegables, y de ellos deduzcamos su naturaleza.

Tengo certeza sobre algunas de las propiedades del éter. Sobre otras debo formar hipótesis que me permitan completar una imagen, una idea aproximada de lo que puede ser.

El éter es finito en todas direcciones. Ningun-

na creatura puede ser en ningún sentido infinita. Volveré adelante sobre esta afirmación, para mí cierta y evidente.

Si en todo sentido el éter es finito, su límite exterior tiene que tener alguna forma, estable o variable. Supongamos por ahora que esa forma se acerca a la esfera, que tan frecuente es en formaciones naturales, desde el protón y el electrón, que así los imaginamos, hasta los grandes astros. Pero podría ser también lenticular, siguiendo la analogía de muchas galaxias. Este puede ser uno de los puntos que con el tiempo fije la ciencia con certeza. Einstein supone el universo cilíndrico, con longitud aproximada de 10^{15} a 10^{20} kilómetros.

En todo caso, el ámbito del éter es inmenso. Millones de años de luz separan entre sí algunas galaxias. No sería raro, pues, que el diámetro del éter hubiera que medirlo en miles de millones de años de luz. Para la omnipotencia y grandeza de Dios, esa inmensidad es como una gota de agua que rueda por su mano.

La gota de agua tiene una tensión superficial que la conserva en su integridad. El éter ha de poseer algo semejante, a modo de corteza que lo mantenga en su unidad y no lo deje dispersar por los espacios vacíos.

Si es cierto que el universo está en expansión, que las galaxias huyen hacia afuera en todas

direcciones, la tensión superficial interior del éter pondrá límite a esa expansión, a la cual seguirá una contracción, y con esto un ritmo de sístole y diástole como en el corazón humano. De no ser así, las galaxias desbordarían el éter y dejarían de formar un todo armónico. La unidad del cosmos es la unidad del éter. El éter es como el protoplasma de esta inmensa célula.

Veamos ahora el oficio del éter en la transmisión de las fuerzas. Los protones que forman el núcleo del átomo están unidos entre sí por la fuerza más tremenda que puede imaginarse. El hombre, sin embargo, se ha dado maña para bombardear el átomo y separar los protones. La energía que de esta manera queda libre la recibe en su mayor parte el éter en radiaciones múltiples, y el resto el aire en forma de ondas sonoras e ímpetu de moléculas que constituyen la explosión.

Si todos los átomos estallaran, toda la energía volvería al éter; no es, pues, absurdo pensar que del éter depende, en alguna forma, la energía que los aprieta tan firmemente.

Las relaciones del núcleo con los electrones hemos visto que se explican por la fuerza electromagnética. El campo magnético no se explica sin el éter, y la atracción y repulsión de las fuerzas eléctricas serían nulas sin este fluido universal capaz de transmitir las.

Desde que Einstein probó que las modificaciones del campo gravitatorio se transmiten con la velocidad de la luz, quedó claro también que la fuerza de gravedad no obra a distancia e instantáneamente, como pretendían algunos, sino que se transmite por el éter.

¿Qué pasaría, si se suprimiera el éter por completo?

- Protones y neutrones perderían la cohesión que forma los núcleos, y quedarían flotando, sin atracción entre sí.

Los electrones conservarían su velocidad, pero, faltos de fuerza centrípeta, saldrían todos a una por la tangente, y se dispersarían por el espacio en todas direcciones, con movimiento uniforme, rectilíneo e incesante. Algo semejante a lo que vemos en los rayos cósmicos.

Ocurrirían algunos choques entre las partículas al principio; pero, cuando el área de dispersión dejara atrás el espacio que había ocupado el éter, ya no serían posibles.

Qué efecto produciría un choque en partículas desprovistas del éter no es fácil de imaginar. En todo caso, faltando el éter, no se puede hablar de energía. No existirían sino partículas inertes, en movimiento continuo, sin ninguna relación posible de unas con otras. No se podría hablar de un universo, sino del polvo a que quedó reducido el universo: polvo inerte y en dispersión con-

tinua, que necesitaría del poder de Dios para volver a constituir una unidad por medio de otro éter que volviera a envolver y a relacionar los restos de los átomos.

Conocido es el principio de la degradación de la energía. Vamos a imaginar ahora que se acelera inmensamente este proceso sin desaparecer ninguno de los elementos de la creación. El fin será el siguiente:

No hay en la materia diferencias de temperatura. Los cuerpos más calientes han irradiado su calor; lo ha recibido el éter en sus ondas caloríficas, y lo ha repartido por igual en todo el universo. La energía del calor ya no existe.

El equilibrio entre las fuerzas centrífugas y las centrípetas en los sistemas planetarios y en las galaxias mismas, se ha roto poco a poco, arrastrando consigo las grandes masas a las más pequeñas hasta no formar todos los cuerpos sino una ingente masa. La energía que produjo esta multitud de choques, la recibió el éter en forma de calor y otras radiaciones.

Las combinaciones químicas y descomposiciones atómicas han dado por resultado que no existe ya sino el único elemento verdaderamente estable, el helio, o tal vez los escombros de sus átomos. El éter ha recibido, en ondas de todas las radiaciones posibles, la energía que ha dejado

libre esta degradación constante, y ya no es posible energía química ni eléctrica, ni atómica.

La temperatura de la inmensa masa inerte no es sin embargo la del cero absoluto, pues dicha masa flota en el éter lleno de radiaciones de calor y recibe, por tanto, una parte de él, aunque mínima, pues es mínimo el espacio que la masa material ocupa en relación con la extensión del éter.

Algún movimiento tendrá esta masa; pero él estará regulado por la tensión superficial del éter, cuyo recinto no podrá abandonar, pero ya no hay posibilidad de choque alguno que pueda volver a desequilibrar la energía.

Tenemos, pues, la inercia completa y absoluta y se necesitará el poder divino para establecer otra vez diferencias de potencial que hagan posible la variedad y la actividad de los seres materiales.

Por aquí se ve pues que la energía es algo que está en función de la materia y del éter, y no de uno solo de estos elementos.

De todo esto deducimos que el éter es un fluido que da cohesión y unidad al universo, y que recibe y trasmite de unos cuerpos o elementos materiales a otros las diversas clases de energía.

No es difícil prever que la física del futuro será la investigación del éter.

XV

Desde 1925 han entrado en el dominio de la astronomía las estrellas llamadas *enanas blancas*. La compañera de Sirio, o Sirio B, fue la primera que reveló a Eddington su verdadera naturaleza; hoy día se conocen más de doscientas. La estrella Ross 627 tiene una masa semejante a la del Sol en un volumen tan pequeño como el del planeta Mercurio; es decir, que aquí vemos la materia con una densidad increíble, un millón de veces mayor que la densidad del agua. A este estado de la materia, desconocido hasta ahora, lo han llamado algunos físicos *estado degenerado*. La ionización es total. El átomo ha quedado reducido a escombros, apretados entre sí núcleos y electrones en un espacio cuyo diámetro es una diezmilésima del que tenía el átomo normal. La materia no puede comprimirse más; está degenerada. Cerca del 10 por ciento de los astros vecinos del

sol, están degenerados, y es de suponer que esta será también la proporción en distancias mayores, desde las cuales no alcanza a llegarnos la débil luz de esta clase de estrellas.

Una consecuencia importantísima se sigue del hecho innegable de la degeneración de la energía, y es que el mundo no es eterno, que tuvo principio y los sabios calculan con bastante aproximación cuántos millones o billones de años hace que empezó su movimiento, y cuántos durará todavía.

Nuestro sol y las demás estrellas son pilas atómicas de hidrógeno, que convierten poco a poco este combustible en helio. Muestran los cálculos que el sol ha podido arder de esta manera cinco mil o seis mil millones de años, y que durará otro tanto o más en actividad. En esta combustión pierde la masa del sol cuatro millones de toneladas por segundo.

Es evidente que si esta evolución hubiera empezado, digámoslo así, en la eternidad, ya se habría terminado hace tiempo, o por mejor decir, hace una eternidad.

Es pues absurdo, aun desde el punto de vista de las leyes físicas, suponer una materia activa eterna, y una vez más nos hallamos con que los cielos cantan la gloria de Dios y el firmamento nos descubre la obra de sus manos. Ni es eterna la materia ni es posible que lo sea. En ningún

sentido el ser contingente puede ostentar infinitud.

Si pudiera existir la materia *ab aeterno* podrían existir también infinito número de individuos: pensemos en bacterias multiplicándose *ab aeterno*. Y esto es absurdo.

Un agudo filósofo español del siglo XVIII, el Padre Luis de Losada, hace resaltar con evidencia la imposibilidad de una muchedumbre infinita con esta ingeniosa hipótesis. .

Supongamos, dice, una fila de hombres infinita, que desde este lugar, uno tras otro, se pierden en la inmensidad del espacio. Supongamos otrosí que cada uno tiene puesto su sombrero; que a una orden del Creador cada uno se lo quita y se lo pone al que tiene delante de sí. Este primero de la fila se encuentra con un sombrero en la cabeza y otro en la mano. Y ahora arguyo: el sombrero de la mano existe y no existe. Existe como es evidente. No existe, como lo muestra este raciocinio. Dios creó tantos sombreros como hombres, y ninguno más; ahora bien, todos los hombres de la fila tienen sombrero en la cabeza, luego en las cabezas están todos los sombreros por Dios creados, y no puede existir ninguno más; luego este que el primero de la fila tiene en la mano, no existe.

Imaginemos ahora al lado de esta fila sin fin de hombres otra igual, con el mismo número de

individuos. Supongamos que la primera avanza mientras que la segunda permanece quieta. Al cabo de algún tiempo hay muchos más hombres en la primera que en la otra. ¿De dónde salieron? ¿Quién los sacó de la nada?

He aquí una profunda verdad metafísica puesta al alcance de un niño: Un número actualmente infinito es absurdo. La naturaleza de los seres contingentes es tal, que tienen que tener principio, y nunca hay tantos que no pueda haber más. La muchedumbre en un sentido limitada no puede ser ilimitada en otro sentido. No puede haber un infinito mayor que otro. Así como el ser infinito no puede tener límite en ningún sentido, así el ser limitado no puede resultar por ningún lado infinito.

XVI

Toda combinación química que se produce espontáneamente en la naturaleza, o por la intervención del hombre, degrada la energía. Pero hay una excepción muy notable: el mundo de las plantas.

Los vegetales (dejemos aparte los hongos), por medio de la clorofila y bajo el influjo de la luz, efectúan complicadas síntesis, asimilan los minerales directamente y levantan el nivel de la energía de la materia. Y esto lo hacen, no en forma desordenada y arbitraria, sino conforme a un plan orgánico, fijo y estable para cada especie.

Y para asegurar la continuidad de este proceso, cada planta produce su semilla, en la cual hay una fuerza vital capaz de transformar en materia viva la materia inerte, capaz de ir realizando lentamente, por medio de multiplicación y diferenciación de células, el plan arquitectónico

de la planta, que una vez adulta producirá también sus semillas, asegurando la supervivencia de la especie mientras sea propicio el medio ambiente.

Este orden, esta tendencia a un fin determinado, esta fuerza misteriosa que levanta el nivel de la energía, este poder reproductor revelan la existencia de un ser ordenador de tantas maravillas. Bien sea que en distintos períodos de la evolución de la tierra haya dado el ser a especies cada vez más perfectas, o que desde un principio, cuando las condiciones físicas del planeta fueron apropiadas para la existencia de la célula viviente, haya infundido en la materia organizada un soplo de vida tan potente, que por evolución natural la haya llevado hasta la enorme variedad de especies que admiramos en la actualidad y que tal vez seguirán aumentando en lo futuro.

Así como en una pequeña semilla están potencialmente tejidos y productos tan diversos como los del árbol frondoso, así también pudo el Creador poner en la primera célula orgánica poder y virtud para diversificarse, al correr de milenios, en miles y millones de plantas diferentes.

El mundo vegetal no es sino la mesa puesta y preparada para el reino animal. La célula clorofílica es un poderoso acumulador de energía química; precisamente la que necesita el animal para sus fines. La fotosíntesis prepara en las plan-

tas el alimento de los animales, o sea, compuestos orgánicos de moléculas complejas: almidones, azúcares, sustancias nitrogenadas.

Por eso precisamente el vegetal es inmóvil, arraigado en la tierra; no gasta en movimientos propios su energía; la guarda para aquellos cuya vida es moverse: los animales.

La célula vegetal acumula energía. La célula animal la consume y la asimila o la trasforma en movimiento.

Insectos, aves, peces viven en agitación continua, y todos los animales superiores gozan de la facultad de trasladarse a donde su instinto los provoque.

Si en las plantas es visible la mano del Creador, mucho más en los animales; no solo porque su organismo es más complicado, sino porque en el reino animal aparecen dos fenómenos que no pueden proceder ni de la materia inerte ni del organismo vegetal, a saber: el conocimiento y el instinto.

Las plantas no conocen: no tienen órganos propios para conocer ni dan señal ninguna de conocimiento. Sus funciones vitales se ejercen tan ciegamente como las combinaciones químicas de los elementos yuxtapuestos.

Muy distinta es la conducta de los animales. Fijémonos en algunos que han sido domesticados por el hombre y lo acompañan y le sirven desde

remotas edades. El caballo, el buey, el perro, el gato. Son en ellos evidentes los sentidos que los ponen en relación con el mundo, y los vemos hacer uso de ellos constantemente. Ven el alimento y lo buscan; ven el peligro y lo evitan; oyen la voz del amo y la obedecen; conocen por el olfato mucho más que nosotros; gustan y paladean sus alimentos preferidos, y sienten como nosotros por el tacto el frío y el calor; el dolor y el bienestar.

¡Con qué gusto recibe el caballo o el perro las caricias de su amo! ¡Con qué satisfacción se echa el buey a la sombra huyendo del resistero, o busca el gato la resolana en las mañanas frías!

Lo que no llega a percibir el hombre lo conocen algunos animales. Hay que ver al perro siguiendo una pista, o al águila descubriendo su presa a enorme distancia, o al murciélago evitando en su vuelo rapidísimo obstáculos casi imperceptibles. ¿Y qué decir del sentido de orientación de las abejas? ¿Y qué del sentido misterioso que para seguir sus caminos tienen aves y peces migratorios?

Pero aquí estamos ya en el terreno del instinto. Ni rastro de él se encuentra en las plantas más perfectas; pero en cambio es evidente y admirable en toda la escala de los seres sensitivos.

Desde que nace el animal sabe cómo moverse, cómo buscar su alimento, cómo librarse de los

peligros que lo acechan. Crece, y se revela en él en variadas y admirables formas el conocimiento necesario para reproducirse y abrigar su prole.

Pasmoso es el instinto de hormigas y abejas. Muchos sabios han consumido la vida estudiando las costumbres de estos insectos y otros pequeños animales, y libros enteros hay que cuentan las maravillas de su conducta. Ellos tienen resueltos problemas de altas matemáticas, que tardó siglos en resolver el hombre.

Pero la ciencia del insecto es inmutable; no avanza lo más mínimo, cuando el hombre día por día cambia y perfecciona sus métodos y técnicas.

Aquí tenemos el más y el menos del reino animal: más que los vegetales por conocimiento e instinto. Menos que el hombre por la inteligencia.

Facultad de conocer e instinto no han podido brotar de la célula vegetal que procede por fuerzas ciegas. También tenemos que reconocer la mano del Creador en este nuevo ascenso de la materia en la esfera de la vida. Y también aquí debemos decir que esta vida animal pudo Dios crearla en etapas, a medida que el medio ambiente en nuestro planeta se hacía apto para especies más perfectas, o pudo despertarla en unos pocos gérmenes, tal vez en uno solo, con suficiente poder y elasticidad para ir evolucionando hasta alcanzar la inmensa y vistosa variedad de seres sensibles que pueblan el mar, los aires y la tierra.

XVII

El hombre es la cumbre de la creación por nosotros conocida. Y no precisamente por sus facultades sensitivas, en las cuales lo superan muchos animales. En agudeza de la vista nos ganan las aves de rapiña; en perspicacia para distinguir los objetos en semioscuridad nos hacen ventaja las aves nocturnas y los mismos animales domésticos. Coleópteros hay que se alimentan de esporas que no alcanza a divisar la vista humana. Ondas supersónicas que escapan a nuestro oído, son percibidas por animales inferiores. El olfato del perro deja muy atrás al de los hombres. En agilidad nos superan hasta las liebres, las ardillas y los monos, y en fuerza los animales salvajes. Nunca podremos nadar como los peces y mucho menos volar como las aves.

Pero, en cambio, tiene el hombre un órgano en que aventaja a todo ser sensible, el cerebro. El

hombre es un animal cerebral, lleno de imaginación, de iniciativa, de recursos.

Para el animal no hay problemas en la vida; mal podría tener capacidad de resolverlos. Desde que nace hasta que muere, el instinto y las circunstancias exteriores determinan su conducta momento por momento.

En cambio, el hombre es un ser rodeado de problemas, pero ampliamente dotado de inteligencia para darles solución. De ahí la diversidad de las costumbres humanas en diversos tiempos y lugares, cuando el animal se conduce con inmutable regularidad.

Los animales toman el alimento que la naturaleza les brinda; y si algunos insectos lo transforman, es de manera siempre igual, ordenada por el instinto, que no ha cambiado al correr de los milenios.

El hombre, en cambio, busca libremente su alimento; por eso hay pueblos pastores, pueblos cazadores, otros que cultivan los campos, otros dedicados a la pesca; y en vez de los alimentos simples con que se contentan los animales, el hombre crea cada día nuevos y complicados manjares. El animal sacia la sed con agua. El hombre inventa multitud de bebidas para los gustos más refinados.

El hombre es el único entre los seres sensitivos que se viste, bien para defenderse de fríos

y calores, bien por imperativo del pudor, sentimiento de que son incapaces los brutos.

¿Y quién podrá enumerar la variedad de vestiduras que se han usado y se usan en diversos pueblos? ¿No vemos que cada año el capricho de la moda inventa nuevos cambios, que se imponen por unos días para dejar luego el campo a otros en sucesión interminable?

La mayor parte de los animales viven a la intemperie. Las aves y algunos insectos fabrican cuidadosamente sus nidos; pero con reglas instintivas e invariables.

Mas el hombre, ante el problema de librarse de los rigores del clima, ha encontrado múltiples soluciones, que llenan tomos de historias de la arquitectura; y cada día halla, para el fin de encontrar abrigo y comodidad, mejores soluciones.

Qué diferencia entre las cuevas y chozas que habitaron los hombres primitivos y las grandes ciudades modernas, amplias, luminosas, llenas de movimiento, que más parecen reino de hadas que vivienda de hombres.

Los animales no tienen familia. Aun aquellos que, como las palomas, se juntan por parejas, solo atienden a sus hijos mientras ellos son incapaces de valerse por sí mismos. Después los rechazan y los olvidan.

Hablando de las causas, vimos que entre los animales no puede hablarse propiamente de pa-

ternidad y de maternidad. Son éstos, conceptos sagrados, que sólo comprende el hombre, y que lo levantan muy por encima de los demás seres.

Es verdad que hay hombres tan degradados que en su vida sexual están por debajo de los brutos; pero en su estado normal el hombre y la mujer se dan cuenta de la inmensa responsabilidad que trae consigo la facultad de dar el ser a sus hijos.

El bruto ejerce las funciones de reproducción movido por un instinto irresistible. El hombre, ante el misterio de la trasmisión de la vida, se detiene a considerar la serie de problemas que ante sus ojos se presentan.

Ante todo, elegir su compañera; compañera no ocasional sino estable, para toda la vida; como que el ser racional es el único capaz de verdadero amor, que está en la entrega total y sin reservas a la persona amada, y el único que vive concientemente en el tiempo, y prevé el porvenir, y comprende que la unión estable es necesaria para la educación de la prole, y que la rotura del hogar sería la desgracia para padres e hijos.

Hay que pensar después en la vivienda que será su hogar; y así mismo en la manera de asegurar la subsistencia de esposa e hijos y la educación de éstos para conservar las tradiciones de la estirpe.

El vínculo sutil que une a los padres con los hijos pasa inadvertido para los animales, pero entre los hombres forma el hilo de oro que da unidad a las familias y a los pueblos. El amor paternal, el cariño maternal no podrá nadie arrancarlo del corazón humano. Respeto y amor filial acompañan a los hijos hasta el sepulcro.

Al unirse en el hogar humano las células germinativas que son el principio del nuevo ser, ya se han unido antes los corazones del padre y de la madre, y se han hecho como un solo corazón para completarse mutuamente, y para dar vida espiritual, amor incesante, al hijo de sus entrañas.

El padre y la madre, que ven en sus brazos al hijo recién nacido, tienen plena conciencia de que él es parte de su propio ser, y para conservarle la vida están dispuestos a sacrificar la suya propia.

El hijo llega al uso de la razón envuelto en los cariñosos cuidados de sus padres, comprende que sin ellos él no existiría; los ve como representantes de Dios que por medio de ellos le dio la vida; siente todo el calor del amor paterno y maternal; se da cuenta que ellos lo aman más que a sí mismos, y espontáneamente corresponde a su amor con el amor filial que lo mantendrá fiel a su estirpe hasta la muerte.

Y así nace el vínculo de la familia; y todo lo que a la familia pertenece, hermanos y parientes, entra en ese círculo familiar que es la célula de la sociedad humana.

Pero nos hemos desviado de nuestro propósito. Decíamos que el hombre en sus facultades sensitivas es inferior al animal, pero con su inventiva logra superarlo. Cómo penetra por medio del telescopio en el mundo sideral y gracias al microscopio en el mundo de lo infinitamente pequeño. Cómo oye distintamente por la radio a través de continentes y océanos y aun de los espacios siderales. El radar le permite ver en las tinieblas. Ante máquinas como locomotoras, tractores y grúas, resultan débiles animalillos las más poderosas fieras de los bosques. Los submarinos surcan las profundas aguas de los mares y los aviones dominan los aires mucho mejor que las aves más poderosas.

Esta inventiva es tal vez la más clara manifestación de la inteligencia humana. Gracias a ella el hombre se propone un fin, concibe un proyecto, y busca y halla los medios para realizarlo.

Gracias a la inteligencia el hombre se conoce a sí mismo, y se da cuenta de todos sus actos y reflexiona sobre ellos.

El hombre se siente libre y sabe que puede escoger su camino, y distingue entre el bien y el mal, y abraza el uno o el otro libremente, y se

siente responsable de sus actos, y experimenta cruel remordimiento cuando obra mal, o satisfacción y aprobación de la conciencia cuando sigue el bien.

El hombre se mueve en un mundo espiritual, de nociones que no tienen cuerpo pero que pesan poderosamente en su alma. El honor, la verdad, la amistad, el derecho propio y el derecho ajeno, el amor, el odio, la misericordia, la justicia.

Todo ese mundo interior nada tiene que ver con las fuerzas físico-químicas, y excede la capacidad de los seres meramente sensitivos.

Tenemos, pues, un nuevo grado de vida. La vida de la inteligencia y de la libertad. La vida del espíritu. Una vida de seres que se sienten individualmente responsables de sus actos, de seres superiores a toda materia y que por tanto pueden subsistir aun cuando la materia termine su ciclo evolutivo.

Si para explicar la vida animal, superior a la vegetativa, hay que aceptar la acción directa del Creador, mucho más la necesitamos ahora para explicar la vida espiritual de cada individuo, puesto que ella no puede transmitirse por partículas materiales. Y así como, tratando de la vida animal decíamos que bien pudo Dios crear un germen que contuviera su futuro desarrollo en múltiple configuración, al llegar a los espí-

ritos tenemos que admitir que Dios los ha creado individualmente en el momento en que su envoltura corporal estuvo lista para recibirlos, aunque esta envoltura material haya sido ella misma (que aún no lo saben los estudios) producto de la evolución general de las especies.

XVIII

Entre los problemas que le plantea al hombre su entendimiento, no hay ninguno más serio que este: ¿De dónde venimos? ¿Hacia dónde vamos? ¿Cuál es el sentido de nuestra existencia? ¿Cuál es el destino de la humanidad?

Ya que he recorrido el universo exterior anotando lo que puede conocer de él mi razón natural, bueno será recordar, ante estos tremendos problemas, que por providencia de Dios tenemos los hombres, para penetrar en abismos misteriosos, otra luz más potente que la de la razón, y es la luz de la fe.

¿Es esta luz, real? ¿No es una piadosa ilusión de nuestro espíritu? ¿Es posible que Dios se comunique directamente con los hombres? ¿Es cierto que lo haya hecho así, y que sus palabras estén a nuestro alcance? Si Dios mismo se ha dignado manifestar a los hombres su destino y

mostrarles cuál es la senda para llegar a él ¿cómo es que hay tantos que no han oído este mensaje, o que si lo han oído, lo desprecian? ¿Por qué ante los misterios de ultratumba, unos se sienten tranquilos y los ven iluminados con plena luz, y otros se encuentran sumidos en tinieblas y llenos de angustia y desesperación, o bien, con estoica indiferencia, se encogen de hombros ante la imagen de la muerte?

No es mi intento analizar todas las reacciones de los hombres ante la posible intervención divina en la marcha de la humanidad. Sólo quiero examinar, en esta hora final de mi vida, si la actitud mía ha sido razonable.

La aurora de la razón, que poco a poco iluminó mi espíritu, no fue la única luz que regocijó mi alma de niño. Objetos que no veían mis ojos corporales estaban presentes en mi espíritu con toda claridad. Me hablaban de ellos seres queridos que a su vez los estaban contemplando a la luz de la fe.

No conocí a mi madre; murió siendo yo muy pequeño. Pero yo sentía que ella estaba en el seno de Dios, porque murió en ejercicio de la caridad. Yo sabía que Dios tiene el cielo preparado para los que obran bien en esta vida. Yo sabía que Jesucristo nació en un pesebre y murió en una cruz para redimirnos. Desde que me conozco, tengo en la memoria un librito que

es el compendio de la doctrina de Cristo: lo que hay que creer, lo que hay que obrar, lo que se ha de orar y lo que se ha de recibir. Era yo un chiquillo y sabía más que los sabios de la antigüedad. Para mí, creer era tan natural como ver la luz o respirar el aire.

Avanzaron los años y empezaron a levantarse nubecillas en mi entendimiento. Leyendo historias me di cuenta de que en el mundo había muchos incrédulos. Los viajes me enseñaron después que aun personas de sana moral no siguen nuestra religión. Pronto pude comprobar que los cristianos somos una minoría, y lo que es más triste, vi que compañeros de mi infancia que habían compartido conmigo las primeras alegrías espirituales, se despreocupaban de la religión y vivían sin más ambiciones que las de esta vida.

Entonces pensé: ¿seré yo un iluso? ¿estaré sugestionado por las personas que con tanto amor y desinterés me educaron? Y dediqué, primero, muchos días de retiro a pensar en los fundamentos de mis creencias; y después varios años a estudiar a fondo todo lo relacionado con la fe cristiana.

He aquí el resultado.

El soporte primitivo de mi fe, que había sido el amor y confianza en mi padre y hermanos, maestras y maestros, se vino a tierra. Nobles

sentimientos sin duda, pero no garantía de la verdad. Otros muchos jóvenes en todo el mundo, guiados por esos mismos sentimientos tan naturales y tan bellos, vivían, al parecer tranquilos, en otras religiones.

Desprendido de todo influjo exterior, me hundí en la pura y simple realidad. Y me encontré frente a frente con la figura de Cristo: un ser humano que llena la historia del mundo desde hace dos mil años, y que llena mi alma desde la misma aurora de mi vida.

Todo mi mundo interior y mi ciencia sobrenatural se basan en las enseñanzas de Cristo. Si Cristo no existió realmente o no ha llegado hasta mí su doctrina, no puedo tener razonablemente ninguna seguridad en mis ideas.

Ahora bien, Cristo fue un ser real. Ningún personaje histórico ha dejado en el mundo huella tan profunda y duradera. Ninguno ha tenido historiadores tan dignos de crédito. Por no hablar sino de los cuatro evangelistas, dos de ellos, Mateo y Juan, fueron sus discípulos en los años de su predicación. Otro, Marcos, era el amanuense de Pedro, el príncipe de los apóstoles; y su evangelio, según testimonio de Papías que se remonta a los últimos años del siglo I, contiene los hechos y dichos de Cristo «con exactitud pero no con orden»; es decir, tal como Pedro los iba exponiendo a los fieles de Roma. El cuar-

to, finalmente, Lucas, griego de nacimiento, médico de profesión, compañero inseparable del apóstol Pablo, recogió sus datos en las mejores fuentes con tanto cuidado como lo dice él mismo en palabras preliminares dirigidas a un amigo.

Ya que muchos han intentado escribir, según relatos de testigos oculares, la historia de los últimos sucesos, «yo también, mi querido Teófilo, después de informarme de todo con mucho cuidado y desde sus principios, me he animado a escribirte esta relación ordenadamente, para que veas la firmeza de las enseñanzas por ti recibidas.»

Ya antes de los evangelistas había consignado en sus cartas extensamente la doctrina de Cristo Pablo de Tarso, que al principio fue perseguidor acérrimo de los cristianos.

La historia de nuestra cultura occidental no registra, en el plano puramente humano, figura más egregia que la de este convertido. Qué claridad de entendimiento; qué indomable energía; qué generosidad; qué capacidad de sufrimiento y constancia en los trabajos; qué corazón, ardiente como el fuego y vasto como el mundo.

Escogido por Cristo para llevar su evangelio a los gentiles, resistió a la hostilidad de los judíos y recorrió con su predicación el Asia menor y las principales ciudades del Imperio Romano.

Y este hombre, venerable y admirable, no vivía para sí, sino para Cristo. Para mí, decía, vivir es Cristo. Morir, ganancia¹. Por su amor todo lo sacrifiqué y lo tengo por estiércol con tal de ganar a Cristo². Vivo, pero ya no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí³.

Digno émulo de San Pedro, ambos sellaron con su sangre la veracidad de su testimonio. ¿Cómo ponerlo en duda?

Pero no fueron ellos solos. Centenares y miles de mártires dieron la vida por la fe. Miles de anacoretas se retiraron a la soledad del desierto por huir de la corrupción del mundo pagano. Miles de vírgenes dieron un ejemplo nunca visto: consagrarse en cuerpo y alma al servicio de Cristo, rechazando los atractivos del hogar. Y esta entrega total, este amor, esta adhesión sin límites, no sólo no se ha desvanecido, sino que se ha sostenido dos mil años, en figuras tan excelsas como Agustín de Tagaste, Benito de Nursia, Bernardo de Claraval, Francisco y Clara de Asís, Domingo de Guzmán, Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Teresa de Jesús, Carlos Borromeo, Juan Bosco.

¿Qué personaje histórico apoya su realidad

¹ Filip. 1, 21.

² Filip. 3, 8.

³ Galat. 2, 20.

en semejante influjo sobre sus contemporáneos y sobre las generaciones que le sucedieron?

Si no fue real la persona de Cristo; la ruta que ha seguido la humanidad en dos mil años no tiene explicación. Por algo los pueblos occidentales, de común acuerdo, dividen la historia universal en dos grandes vertientes: antes y después de Jesucristo.

XIX

Es, pues, indudable la real existencia de Cristo, y efectivamente nadie, entre los estudiosos, se atreve ya a negarla. Lo que niegan son sus milagros. Conceden, pues, la apariencia, pero la dejan vacía de contenido.

Y ¿con qué argumentos niegan los milagros? No por razones históricas, sino por motivos metafísicos. El milagro, dicen, no es posible; luego los hechos que parecen tales tienen que tener alguna explicación natural.

Este argumento no tiene para mí ninguna fuerza. En primer lugar, puedo volverlo al revés: Ocurren milagros, luego el milagro es posible.

Hay hechos que han sucedido con toda certeza, y no pueden tener explicación natural, luego el historiador tiene que contar con ellos, tiene que registrarlos, y no puede encastillarse en que no son posibles.

¿Y por qué no son posibles? Comprendo que quien niegue la existencia de Dios, tenga por imposible todo hecho que vaya contra las leyes naturales. El ateo se mueve en un mundo de absurdos, pero es lógico cuando niega la posibilidad de los milagros.

Pero el que sabe que Dios existe y que este mundo visible es obra de sus manos, lógicamente tiene que conceder que el que hizo el mundo puede volverlo a la nada; y quien impuso a la materia sus leyes e infundió el instinto a los animales, puede cuando quiera suspender esas leyes o contener esos instintos.

Yo no puedo trazarle al Creador normas de conducta. Debo contemplar su obra tal cual es. Y si Él quiere manifestar su poder, su sabiduría, o su voluntad o su providencia con hechos milagrosos, tengo que aceptarlos. Lo que la prudencia me dicta, es no admitir a la ligera tales hechos portentosos, sino aquilatar todas las circunstancias hasta llegar a la plena certidumbre de su realidad.

Es lo que he hecho por lo que hace a los milagros de Cristo, y encuentro que son ellos tan reales, tan bien comprobados, tan ciertos históricamente, como los demás acontecimientos de su vida.

XX

¿Y qué garantía tengo de que la doctrina de Cristo ha llegado hasta mí, tal como él la expuso a las muchedumbres que le seguían?

En primer lugar, los evangelistas, que la oyeron de sus mismos labios o la recibieron de los más autorizados testigos, la consignan con todo detalle y claridad.

En segundo lugar, los doce apóstoles recibieron de Jesús la misión de llevarla a todos los pueblos: «Id y predicad a todas las gentes... enseñándoles a cumplir todo lo que os he confiado».¹

Pocos años después, los apóstoles se dispersaron por el mundo para cumplir su misión. Es claro que, si esta empresa hubiera sido puramente humana, a las pocas generaciones la doctrina de Cristo se hubiera modificado de diversas mane-

¹ Mat. 28, 19-20.

ras en tan diferentes pueblos. Pero Cristo había prometido que acompañaría a sus discípulos hasta la consumación de los siglos, y señaló especialmente a Pedro y a sus sucesores como fundamento incommovible de la integridad de su Iglesia. «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las fuerzas del infierno no prevalecerán contra ella».²

Es verdad que en los primeros siglos pulularon las herejías; pero ellas mismas mostraron la enorme diferencia que hay entre efímeras invenciones humanas y una doctrina divina e inmutable; y además dieron ocasión a que se reunieran en los primeros Concilios los obispos de todo el mundo grecorromano, los cuales, confrontando entre sí sus tradiciones, hallaron que eran idénticas, y que por consiguiente en nada se habían desviado de las que cada pueblo recibió de los apóstoles.

Los Concilios reunieron esta doctrina común en símbolos que contienen concisamente lo esencial de las enseñanzas evangélicas. El símbolo de la fe que hoy recitan en la Misa los católicos por toda la redondez de la tierra, es el que aprobaron unánimemente los Padres de Nicea en el año 325, haciendo constar que ésta era la tradición apostólica.

² Mat. 16, 18.

En tercer lugar, desde fines del siglo I empezaron a escribir hombres ilustrados que habían abrazado la fe. Ya San Jerónimo, en el siglo IV, en su libro *De Scriptoribus ecclesiasticis*, enumera ciento treinta y cinco escritores cristianos, de los cuales únicamente siete se desviaron de la tradición de los apóstoles y fueron en seguida condenados por la Iglesia.

Esta tarea la han continuado después, a lo largo de los siglos, sin interrupción, una brillante serie de doctores de la Iglesia, de apologistas, de obispos, de poetas que llenan en nuestras bibliotecas millares de volúmenes.

En cuarto lugar, los Concilios: provinciales unos, universales otros, han estado velando constantemente por que se conserve intacta la tradición apostólica. Y finalmente, los Pontífices romanos, que en los fastos de la humanidad formaron la más impresionante dinastía con más de 260 sucesores de San Pedro, ni un momento han cesado de reprimir novedades y de inculcar y repetir esa misma doctrina tal como la enseñaron los apóstoles.

Este conjunto de hechos me da seguridad de que la doctrina que recibí de mis maestros es, en lo esencial, la misma que Cristo confió a los apóstoles, y la misma que éstos enseñaron, y la misma por la cual los mártires dieron su vida.

Hasta los teólogos protestantes reconocen que las obras de los Santos Padres y los escritos de la primitiva Iglesia, están más de acuerdo con la doctrina católica que con las innovaciones de Lutero, Calvino y Enrique VIII; y por eso son tantos, especialmente en Inglaterra, los hombres ilustrados que vuelven a la fe de sus mayores.

XXI

San Pablo, o quienquiera que sea el autor de la carta a los Hebreos, empieza su hermoso tratado con estas palabras: «Habiendo hablado antes Dios a nuestros padres muchas veces y en diversas formas por medio de los profetas, por último en nuestros días quiso hablarnos por medio de su hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas, pues por medio de Él las había sacado de la nada.»

Palabras que concuerdan con las del prólogo del Evangelio de San Juan: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él nada se hizo... Era la luz verdadera que viniendo a este mundo ilumina a todo hombre. Estaba en el mundo y por Él fue hecho el mundo, pero el mundo no lo conoció... Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y nosotros vimos

su gloria, la gloria del Unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad.»

¿De dónde les vino a estos claros varones tan firme persuasión de que Cristo era Dios, Hijo Unigénito de Dios, venido al mundo para iluminarlo y enseñarle la verdad?

Si el eterno Padre, en su amorosa providencia, quiso enviarnos como maestro de la verdad a su propio Hijo, no podía dejar en incertidumbre sobre un hecho tan extraordinario a las almas de buena voluntad. Ni quiso tampoco rodearlo de gloria tan esplendente y constante que nadie pudiera desconocerlo. Tenía que quedarle juego a la libertad de cada uno para reconocerlo o negarlo.

Antes de empezar Jesús su predicación, fue enviado Juan Bautista a preparar el camino. El pueblo sencillo corrió a recibir el bautismo de penitencia. Los fariseos, en su soberbia, se encogieron de hombros.

Muchos creyeron que el Bautista era el Mesías, pero él les dijo claramente: «Yo os bautizo con agua para que hagáis penitencia. Pero llegando está otro más fuerte que yo, ante quien no soy digno de postrarme para desatar la correa de sus sandalias. Él os bautizará con el fuego del Espíritu Santo. En su mano tiene el bieldo para limpiar su era, y almacenará el trigo en su grane-

ro, mientras la paja la quemará con fuego inextinguible». ¹

Jesús, humildemente, quiso recibir el bautismo de Juan. No valió la protesta del precursor. Al salir Jesús del agua, puesto en oración, vino sobre Él el Espíritu Santo en forma de paloma y se oyó una voz del cielo que decía: «Este es mi hijo muy amado en quien tengo mis complacencias.» ²

Días después vio Juan a Jesús cerca del Jordán y dijo a sus discípulos: «Este es el cordero de Dios, éste es el que quita los pecados del mundo.» ³

Conocidos son los encantadores episodios que siguieron a esta revelación. Bástenos recordar que Natanael, cuando Jesús le descubrió los secretos que guardaba en su corazón, exclamó conmovido: «Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel; y Jesús le respondió: «Por lo que te he dicho crees; mayores cosas has de ver.» Y añadió: «En verdad, en verdad os digo: veréis abrirse el cielo, y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el hijo del hombre.» ⁴

El Padre celestial lo proclama su hijo, y él se llama humildemente Hijo del Hombre.

¹ Mat. 3, 11-12; Mc. 1, 7-8; Luc. 3, 14-17.

² Mat. 3, 17.

³ Juan 1, 29.

⁴ Juan 1, 49-51.

En otra ocasión, en el monte Tabor, ante los discípulos Pedro, Santiago y Juan, apareció Jesús rodeado de gloria y majestad, acompañado de Moisés y Elías, y volvió a oírse la voz del eterno Padre: «Este es mi hijo muy amado en quien me he complacido, oído a Él».⁵

⁵ Mat. 17, 5.

XXII

La santidad de Dios resplandece en la vida de Cristo. Nadie ha podido encontrar la más leve mancha en su conducta. Con plena seguridad se enfrenta a sus enemigos y les dice: «¿Quién de vosotros podrá echarme en cara un pecado?»¹. Es esta una verdad que reconocen todos, aun los que no creen en su divinidad; que no hay en la historia de la humanidad ejemplo de santidad que pueda compararse con el que dio Cristo desde el pesebre hasta la cruz. San Pedro resumió admirablemente esa vida en dos palabras: *Pertransiit benefaciendo*: pasó haciendo el bien a todos.²

Resplandece también en su doctrina. Con las más sencillas y populares formas y en parábolas

¹ Juan 8, 46.

² Hechos 10, 38.

llenas de poesía enseñó los secretos del reino de Dios, nos mostró el camino para llegar al Padre, nos inculcó el cumplimiento de la ley divina, nos mostró más altos caminos de perfección y ensanchó nuestro corazón para que amenos como hermanos a todos los hombres.

Pero donde más se manifiesta la divinidad de Cristo es en sus milagros. Sin ningún alarde, con la mayor naturalidad, ejerce un dominio completo sobre todos los seres.

Anda sobre las olas del mar; encadena los vientos y calma las tempestades; convierte el agua en vino; multiplica los panes; cura instantáneamente paralíticos, ciegos de nacimiento, sordomudos, leprosos y toda clase de enfermos y extiende su poder más allá de la tumba resucitando a los muertos.

Y es de notar que Jesús hace estos prodigios precisamente para que las gentes crean en su misión divina.

Lázaro llevaba cuatro días en el sepulcro. Jesús ordena abrirlo. Marta responde: Señor ya hiede, pues lleva cuatro días. Pero Jesús insiste: ¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios? Se abre el sepulcro, y ante la tremenda expectativa de los presentes, Jesús, alzando los ojos al cielo, dice: Padre te doy gracias porque mehas escuchado; yo sé que siempre me escuchas,

pero lo digo por la muchedumbre que me rodea, para que crean que tú me has enviado. Y dirigiéndose al sepulcro con una gran voz manda: Lázaro, ven afuera. Y salió el muerto, ligados con fajas pies y manos y envuelto el rostro en el sudario.³

En la última fiesta de la Dedicación que pasó Jesús en Jerusalén se acercaron a Él los fariseos y le dijeron: Si eres el Mesías, dínoslo claramente. Él respondió: Ya os lo dije, y no me creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, éstas dan testimonio de mí... Yo y el Padre somos uno.

¿Deseaban por ventura mayor claridad los judíos? Pero estaban obcecados y endurecidos y, en vez de rendirse a la evidencia, trajeron piedras para aplicarle la pena de muerte que disponía la ley para los blasfemos.

Jesús les dijo: Muchas obras buenas os he hecho de parte de mi Padre ¿por cuál de ellas me vais a apedrear? Respondieron: Por ninguna obra buena te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios.

Replicó Jesús: ¿De aquel a quien el Padre santificó y envió al mundo decís vosotros que blasfema, porque dije: Soy hijo de Dios? Si no

³ Juan 11, 33-44.

hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, ya que no me creéis a mí, creed a las obras, para que sepáis y conozcáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre.⁴

⁴ Juan 10, 22-39.

XXIII

Jesús tenía conciencia de su divinidad, y sin embargo vivía humildemente y trataba a todos con llaneza; pero no podía negar lo que era, ni podía dejar de obrar y hablar como quien era.

Abremos el evangelio de San Mateo y fijémonos en algunos pasajes.

En el sermón del monte habla con autoridad suprema, como el nuevo legislador para toda la humanidad, y da las normas de perfección que han transformado el mundo.¹

En cierta ocasión, al ver Jesús la fe de los que desentejaron una casa para poderle presentar a un paralítico, dijo al enfermo: Ten confianza, hijo mío, tus pecados te son perdonados. Algunos escribas dijeron entre sí: Este blasfema; ¿quién puede perdonar los pecados sino solo Dios? Jesús, leyendo sus pensamientos, respondió: ¿por

¹ Mat. caps. 5, 6 y 7.

qué pensáis mal? ¿qué es más fácil, decir: tus pecados están perdonados, o decir: levántate y anda? Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene el poder de perdonar los pecados, (y continuó volviéndose al paralítico): levántate, carga con tu camilla y vete a tu casa.²

Instruyendo a los apóstoles, les dice Jesús: A quien me reconociere y confesare delante de los hombres, yo también lo reconoceré delante de mi Padre que está en los cielos; y a quien me negare delante de los hombres, yo también lo negaré delante de mi Padre que está en los cielos.³

Otra vez hablando en público exclamó: Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre lo conoce nadie sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo. Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, que yo os aliviare. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es suave y mi carga ligera.⁴

Iban un sábado el maestro y los apóstoles atravesando un sembrado de trigo. Los discípulos tenían hambre y al paso arrancaron algunas

² Mat. 9, 1-8; cf. Mc. 2, 1-12 y Luc. 5, 17-26.

³ Mat. 10, 32-33.

⁴ Mat. 11, 27-30.

espigas y las iban desmenuzando. El fanatismo de los fariseos no pudo contenerse y en seguida se quejaron a Jesús diciéndole: ¿No ves cómo hacen tus discípulos lo que no se puede hacer el sábado? Jesús, mansamente, les recordó cómo la ley permitía los sábados ciertos trabajos en el templo; y añadió: pues bien, aquí hay algo que es más que el templo. Y el Hijo del hombre también es Señor del sábado.⁵

Discutiendo un día con los escribas y fariseos les dijo: Los ninivitas se levantarán el día del juicio contra esta gente y la condenarán; porque hicieron penitencia al oír la voz de Jonás, y aquí hay alguien que es más que Jonás. La reina del sur se levantará en juicio contra esta gente y la condenará; porque vino desde los confines de la tierra por oír la sabiduría de Salomón; aquí hay alguien que es más que Salomón.⁶

Comentando con sus apóstoles la ceguedad de los fariseos, exclamó el Señor: En cambio, dichosos vuestros ojos porque ven, y vuestros oídos porque oyen. En verdad os digo que muchos profetas y muchos justos desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; oír lo que estáis oyendo, y no lo oyeron.⁷

⁵ Mat. 12, 1-8.

⁶ Mat. 12, 41-42.

⁷ Mat. 13, 16-17.

Cuando preguntó Pedro al Señor: Nosotros que lo hemos dejado todo por ti y te hemos seguido ¿qué obtendremos? Contestó Jesús: En verdad os digo que vosotros que me habéis seguido, cuando llegue la restauración y el Hijo del hombre se sienta sobre el trono de su gloria, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos para juzgar a las tribus de Israel. Y todo el que dejare hermanos o hermanas, o padre o madre, o hijos o campos por amor de mi nombre, recibirá cien doblado y poseerá la vida eterna.⁸

Pero donde más clara se ve la conciencia de la divinidad de Jesucristo es en su profecía del fin del mundo. Ya en una discusión con los fariseos había dicho: El Padre no juzga a nadie, sino que ha entregado al Hijo todo el poder de juzgar.⁹ Ahora, cuando en vísperas de su pasión, sentado frente a la ciudad santa y al templo, descubre a los apóstoles cómo sería la ruina de Jerusalén, ya próxima, y el juicio final del que nadie sabe el día ni la hora, habla el Hijo de Dios, el que ha de juzgar a toda la humanidad.

«Como el relámpago que brota del oriente y brilla hasta el occidente, así será la venida del Hijo del hombre... Después de la tribulación de aquellos días, se oscurecerá el sol, y la luna no

⁸ Mat. 19, 27-29.

⁹ Juan 5, 22.

dará su luz, y las estrellas caerán del firmamento y las columnas del cielo se conmoverán. Y aparecerá en el cielo el estandarte del Hijo del hombre, y se lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad. Y enviará sus ángeles con poderosa trompeta y reunirá de los cuatro vientos a los elegidos desde un extremo del cielo hasta el otro... Por eso vosotros habéis de estar preparados, porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del hombre»¹⁰. Y sigue la descripción del juicio y resuena en los ámbitos del mundo la sentencia final: Venid benditos de mi Padre... Id, malditos, al fuego eterno.¹¹

¹⁰ Mat. 24, 27-44.

¹¹ Mat. 25, 31-46.

XXIV

El evangelio de San Juan merece llamarse el evangelio de la divinidad. Todo él está orientado a hacer resaltar la divinidad de Jesucristo. Ya conocemos su introducción, con la deslumbrante revelación del Verbo encarnado. Recordemos ahora ligeramente la manera como arrojó el Señor a los vendedores del templo diciendo: No convirtáis la casa de mi Padre en plaza de mercado¹; la visita de Nicodemo, cuando Jesús le dijo: Nadie sube al cielo sino el que baja del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo²; el encuentro con la Samaritana, a la que ofreció el agua que salta hasta la vida eterna, y a la que dijo sin ambages cuando ella mencionó al Mesías: Helo aquí, soy yo, el mismo que contigo

¹ Juan 2, 16.

² Juan 3, 13.

habla³; la curación del paralítico en la probática piscina un sábado, y la pública manifestación de su unidad con el Padre, por lo cual quisieron matarle los judíos, «porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que alegaba que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios»⁴; el sermón de Cafarnaum en que se llamó a sí mismo *pan de vida*⁵; la fiesta de los tabernáculos, en la que clama a grandes voces: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba⁶; la seguridad con que dijo en Betania: Yo soy la resurrección y la vida⁷; y en Jerusalén: Yo soy la luz del mundo⁸. Antes de Abraham, yo era⁹; yo soy la puerta, el que entra por mí se salva.¹⁰

Recordemos asimismo los dramáticos episodios de la curación del ciego de nacimiento¹¹; las parábolas del pastor y las ovejas¹², y finalmente las largas discusiones en que Jesús, con paciencia infinita pero con lógica irresistible,

³ Juan 4, 4-26.

⁴ Juan 5, 18.

⁵ Juan 6, 25-47.

⁶ Juan 7, 37.

⁷ Juan 11, 25.

⁸ Juan 8, 12.

⁹ Juan 8, 58.

¹⁰ Juan 10, 9.

¹¹ Juan 9, 1-41.

¹² 10, 1-16.

trata de vencer la pertinacia de los fariseos y refuta victoriosamente todas sus objeciones.

Los tiernos coloquios de Jesús con sus apóstoles y su conmovedora oración después de la última cena están llenos de alusiones a su divinidad, a su unidad con el Padre y a su providencia para con la Iglesia, a la cual enviará, a una con el Padre, la luz y la fuerza del Espíritu Santo¹³. Pero el testimonio más solemne de su divinidad lo dio Jesús ante el supremo tribunal de los judíos que buscaba su confesión para condenarlo a muerte si abiertamente se declaraba Hijo de Dios. Puesto en pie el pontífice le dijo: Te conjuro por Dios vivo, di si eres tú el Mesías, el Hijo de Dios.

Contestó Jesús: Tú lo has dicho. Sí lo soy. Y os advierto que un día veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder de Dios y venir sobre las nubes del cielo.¹⁴

Jesús había cumplido su misión. Podía morir. Se había revelado al mundo como Hijo de Dios y maestro supremo de los hombres, y moría por sostener esta verdad.

¹³ Juan, caps. 14, 15, 16 y 17.

¹⁴ Mat. 26, 63-66. Cf. Mc. 14, 60-64; Luc. 22, 66-71.

XXV

Querían los fariseos que Jesús les hiciera un milagro a su medida, conforme a lo que ellos le dictaran. Y Jesús responde:

Esta gente perversa pide una señal, pero no recibirá sino la del profeta Jonás. Porque así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de la ballena, así estará el Hijo del hombre tres días y tres noches en el seno de la tierra.¹

La gran señal, el gran milagro que Jesús ofreció al pueblo judío y a todo el mundo para comprobar su misión divina, fue el milagro de la resurrección.

En muchas ocasiones la anunció públicamente; y por eso los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, sepultado ya Jesús, fueron a Pilato y le dijeron: Señor, recordamos que el seductor

¹ Mat. 12, 38-40.

ese dijo cuando aún vivía: después de tres días resucitaré. Manda, pues, guardar el sepulcro, no sea que vengan sus discípulos, se roben el cadáver y digan al pueblo: resucitó de entre los muertos, y será el último error, peor que el primero. Contestó Pilato: Ahí tenéis la guardia, id y empleadla a vuestro gusto. Fueron, pues, sellaron la piedra que cubría la entrada del sepulcro, y pusieron los soldados romanos a guardarlo.²

Y se fueron a sus casas tan contentos. Pero he aquí que al tercer día, muy de madrugada, se presentan atónitos los guardias y cuentan que hubo un terremoto en el sepulcro, que un ángel retiró la piedra de entrada sin respetar los sellos, y que el sepulcro está vacío.

Era el momento de reflexionar, de reconocer el error. Pero ¿cómo iban a hacerlo aquellos espíritus soberbios?

No tengáis cuidado, dijeron a los guardias. Nosotros os defenderemos ante el presidente. Tomad este dinero y decid que estando vosotros dormidos, vinieron los discípulos y se lo llevaron.³

Dormientes testes adhibes? dice San Agustín. Conque ¿testigos dormidos? Era muy burda la patraña; nadie la ha tomado en serio; los racio-

² Mat. 27, 63-66.

³ Mat. 28, 13.

nalistas modernos, que se empeñan todavía en negar la resurrección, inventan explicaciones mucho más sutiles; pero todas forzadas, inverosímiles, ridículas. Si Cristo no hubiera resucitado, habrían cantado y celebrado el triunfo de Jerusalén los fariseos; los discípulos, en cambio, hubieran quedado completamente abatidos, mohinos, desilusionados, sin poder decir más que las tristes palabras de los discípulos de Emaús: ¡ Y nosotros que esperábamos que él iba a ser el redentor de Israel!

Aun después de ver repetidas veces resucitado al maestro siguieron tan tímidos, que no se atrevían a presentarse en público y de noche cerraban y aseguraban las puertas de su refugio. Tomás no quiso creer a sus compañeros, ni se dio por vencido hasta que vio y tocó las llagas del Señor y metió la mano en su costado. ¿Qué habría pasado si el sepulcro hubiera seguido inmóvil y la piedra sellada sobre el profeta muerto?

Pasaron cincuenta días sin que se hicieran sentir los apóstoles. No bastaba la seguridad de la nueva vida de Jesús. Se necesitaba una luz, una fuerza superior que trasformara aquellos corazones pusilánimes en testigos valientes de la verdad.

Cuando Jesús, después de haberles instruído largamente subió a los cielos, les dijo como última recomendación: Vosotros estaos quietos en

Jerusalén hasta que seáis revestidos de la virtud de lo alto.⁴

Los prodigios de Pentecostés son el complemento de la resurrección: el viento impetuoso; las lenguas de fuego; apóstoles ignorantes y tímidos trocados instantáneamente en predicadores valerosos y elocuentes. Hablan su propia lengua, y les entienden la multitud de pueblos de lenguas extrañas que por la fiesta se hallaban congregados en Jerusalén. Y prueban por las escrituras que el Mesías había de morir y resucitar, y añaden: «A Jesús de Nazaret, probado por Dios entre vosotros, como es notorio, con milagros, prodigios y señales, le alzasteis en la cruz y le disteis muerte por mano de los infieles; pero Dios, rotas las ataduras de la muerte, le resucitó como lo había anunciado el profeta David... Sí; Dios resucitó a Jesús; nosotros somos testigos. Exaltado, pues, a la diestra de Dios y recibida la promesa del Espíritu Santo nos lo ha comunicado como lo ven vuestros ojos y lo oyen vuestros oídos».⁵

Tres mil hombres se convirtieron en aquel primer día de Pentecostés. ¿Cómo se explica todo esto si Jesús estaba todavía en el sepulcro?

⁴ Luc. 24, 49.

⁵ Hechos 2, 22-36.

¿Cómo se explica el rápido desarrollo que en los primeros años adquirió la Iglesia?

Saulo de Tarso, joven fariseo, perseguía furiosamente a los fieles y se dirigió a Damasco «respirando amenazas y muerte» con cartas del sumo sacerdote para llevar presos a Jerusalén a los que siguieran la nueva doctrina.

Pero le sale al encuentro Jesús en el camino, lo rodea de una luz deslumbradora y le dice frente a frente: Saulo, Saulo ¿por qué me persigues? Él contestó: ¿quién eres Señor? — Yo soy Jesús, a quien tú persigues.

El primero que consignó por escrito el hecho innegable de la resurrección fue este mismo Saulo convertido.

«Os he enseñado lo que yo mismo he recibido; que Cristo murió por nuestros pecados según las escrituras; que fue sepultado; que resucitó al tercer día según las escrituras; y que se apareció a Cefas, luego a los doce; después se apareció a más de quinientos hermanos, de los cuales muchos viven todavía, y algunos ya murieron; luego se apareció a Santiago, luego a todos los apóstoles; y después de todos, como al más indigno, se apareció también a mí». ⁶

¿Cómo explicar la fecunda y agitada vida de

⁶ I Cor. 15, 38.

San Pablo, si Cristo no resucitó y no se le apareció en el camino de Damasco?

Así como arriba decíamos que no hay personaje histórico cuya existencia esté tan sólidamente comprobada como la de Jesús de Nazaret; así podemos decir ahora que entre los hechos de su vida no hay ninguno tan sólidamente establecido como su muerte y su resurrección. La multitud de testigos, la abundancia de detalles en los relatos evangélicos, y sobre todo, las consecuencias innegables de suceso tan inesperado y el peso con que él se ha impuesto en las mentes de tantos hombres de claro entendimiento y en la historia misma de los pueblos, no dejan lugar a duda de que Jesús cumplió su promesa y dio a su pueblo y a la humanidad entera la más esplendorosa señal de su misión divina, la señal de Jonás; pasar tres días y tres noches en el seno de la muerte y volver glorioso y victorioso a la luz de la vida.

XXVI

Ante este cúmulo de hechos y de testimonios, no me queda duda que Jesús era Hijo de Dios, y tenía plena conciencia de su divinidad y de la misión que el Padre le confiaba para enseñar a los hombres la verdad.

Veo también claramente que el eterno Padre rodeó a su Hijo de luz, para que así como el sol se hace evidente para todo el que quiera abrir los ojos, así Jesús aparezca indudablemente como Hijo de Dios a todas las almas de buena voluntad.

Tanta es esta luz sobrenatural, que no solamente no me cuesta trabajo creer, sino que me admiro de que otros no crean, existiendo para ellos los mismos motivos.

Pero aquí entran el misterio de la voluntad y el misterio de la fe. La voluntad es libre. Dios la atrae, pero no la fuerza. Y la fe es un don de

Dios. Nadie puede venir a mí, dijo el Maestro, si no es que el Padre que me envió lo traiga.¹ Dios está listo a dar este don a cada uno de los hombres, puesto que quiere la salvación de todos²; pero lo menos que tiene que hacer cada uno es reconocer su vaciedad; confesar que lo que somos, de Dios lo hemos recibido, y estar dispuesto a oír su voz y a acatar su voluntad.

Sólo el que vuelve a Dios la espalda deliberadamente no tiene salvación.

Es, pues, cierto para mí que Dios ha hablado a los hombres, y que tengo por consiguiente una nueva fuente de ciencia. Gracias a ella, puedo conocer lo que mis sentidos no alcanzan pero Dios se ha dignado revelarnos.

1 Juan 6, 44.

2 I Tim. 2, 4.

XXVII

La palabra de Cristo es la fuente suprema de mi ciencia sobrenatural, pero no la única; pues el mismo Cristo me indica y garantiza otras dos: el antiguo testamento y las enseñanzas de la Iglesia.

El pueblo escogido tenía las escrituras santas como reveladas por Dios, y Jesús lo confirmó plenamente.

Ya al empezar su vida pública, en aquel diálogo con el espíritu infernal, que quería desviarlo de los caminos del Padre, Jesús lo acalló con palabras de los sagrados libros.¹

No creáis, dijo en el sermón del monte a los judíos, que he venido a abrogar la ley o los profetas; no vine sino a darles cumplimiento. Y añadió: Mientras duren el cielo y la tierra, ni una *i*

¹ Mat. 4, 1-23.

ni una tilde no pasará por alto hasta que todo se cumpla.²

Muchas veces arguyó con textos de la escritura a los doctores de la ley. Otras veces los remitía a ella: «Escudriñad las Escrituras, ya que en ellas creéis tener la vida eterna, pues ellas dan testimonio de mí»³.

Cuando por primera vez se presentó como maestro en la Sinagoga de Nazaret, tomó el libro de Isaías, leyó un pasaje mesiánico, plegó el libro, y ante la expectativa general dijo a los oyentes: Mirad, hoy se ha cumplido ante vosotros esta profecía.

En la hermosa parábola del rico Epulón, suplica éste a Abrahán que mande a Lázaro a avisarles a sus hermanos en la tierra cómo son las cosas en la otra vida, para que no vayan a caer ellos también en aquel lugar de tormentos. Con testa Abrahán: Allá tienen a Moisés y a los profetas; que los oigan.⁴

¿No es conmovedor ver, en el camino de Emaús, al mismo Cristo en hábito de peregrino, explicando a los desolados discípulos en todas las Escrituras los pasajes que a Él se referían, para

² Mat. 5, 17-18.

³ Juan 5, 39.

⁴ Luc. 16, 29.

mostrarles que Cristo tenía que padecer y morir para entrar en la gloria de su Padre?⁵.

Y en los cuarenta días que siguieron a la resurrección y que empleó el Señor en instruir para su difícil misión a los apóstoles, dice San Lucas expresamente que «les abrió la inteligencia para que entendieran las Escrituras».⁶

El pueblo escogido tuvo, pues, en sus Escrituras la palabra de Dios. Ese tesoro lo hemos heredado los cristianos.

⁵ Luc. 24, 25-32.

⁶ Luc. 24, 45.

XXVIII

Pero Jesús sabía muy bien que las cosas humanas están todas expuestas a mudanzas, y tenía que dejar una institución que conservara su doctrina incólume. Esta institución es la Iglesia, a la que prometió que las fuerzas del infierno no prevalecerían contra ella.

La tradición de la Iglesia es fuente segura de verdad. Por lo pronto, gracias a ella sabemos cuáles son los libros inspirados del Nuevo Testamento.

Entre la multitud de escritos de los primeros cristianos, muchos son puramente personales y hasta novelescos. La enseñanza constante de la Iglesia nos muestra cuáles son obra de los apóstoles o de discípulos íntimamente vinculados con ellos, y tienen, por consiguiente, la garantía de la divina inspiración.

Los concilios de Florencia y de Trento reco-

gieron en sus cánones la antigua tradición, y promulgaron la lista de los libros inspirados: tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

Mas ¿cómo puedo saber cuál es, entre las múltiples confesiones cristianas, la verdadera Iglesia fundada por Jesucristo?

No debe ser muy difícil dar con la verdadera Iglesia. No es de creer que el mismo Hijo de Dios la haya fundado para salvar a los hombres, y que los hombres no sean capaces de encontrarla.

El mismo maestro dijo en una ocasión: Nadie al encender una lámpara, la cubre con una vasija o la mete debajo de la cama, sino que la coloca sobre el candelero, para que los que entren, vean.¹

Y con este mismo pensamiento advierte a los apóstoles: Vosotros sois la luz del mundo. Ciudad construída sobre un monte no puede ocultarse, ni se enciende la lámpara para ponerla bajo el celémín, sino sobre el candelero para que alumbre a todos.²

La Iglesia es una sociedad visible, y como tal debe tener miembros que la formen, autoridad que la rija y un fin determinado.

El mismo Cristo señaló todos estos elementos. Miembros de la Iglesia son los bautizados que

¹ Luc. 8, 16.

² Mat. 5, 14.

acepten la doctrina de Cristo enseñada por los apóstoles en cualquier país de la tierra: Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.³

La autoridad son los apóstoles a los cuales dijo el Señor: El que a vosotros oye a mí me oye, y el que a vosotros desprecia a mí me desprecia.⁴ Y especialmente Pedro y sus sucesores, pues a él dijo Jesús: A ti te daré las llaves del reino de los cielos, y lo que atares en la tierra, atado quedará en el cielo; y lo que desatares en la tierra, desatado quedará en el cielo.⁵

En otra solemne ocasión, por tres veces le dijo: Apacienta mis corderos, apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.⁶

El fin de esta sociedad es poner en práctica las enseñanzas de Jesús: *Docentes eos servare omnia quaecumque mandavi vobis*. Enseñándoles a cumplir todo lo que os he mandado.⁷

Cuatro señales nos dio Jesús para conocer su Iglesia. Tiene que ser *una, santa, católica, apostólica*.

³ Mat. 28, 19.

⁴ Luc. 10, 16.

⁵ Mat. 16, 19.

⁶ Juan 21, 15-17.

⁷ Mat. 28, 20.

La comparó con un rebaño, al que pertenecen primero las ovejas del pueblo escogido, y añadió: Tengo también otras ovejas que no son de este redil; pero he de traerlas, y ellas oirán mi voz, y habrá entonces un solo aprisco y un solo pastor.⁸

Después de comparar a su Iglesia con la luz que no se enciende para esconderla, añadió: De tal modo brille vuestra luz entre los hombres, que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos⁹. Así quedó la santidad de pastores y fieles como señal inconfundible de la Iglesia verdadera.

Su universalidad se destaca especialmente en las parábolas del grano de mostaza, y del fermento que una mujer puso en una gran masa de harina, y ésta empezó a leudar hasta que quedó toda trasformada.¹⁰

Y que la Iglesia debe ser apostólica se ve porque Jesús no quiso por sí mismo llevarla a todos los pueblos. Yo no he sido enviado, decía, sino a las ovejas que perecieron de la casa de Israel.¹¹

La predicación en el resto del mundo la confió a sus apóstoles: Id y enseñad a todas las gentes. Iglesia que no remonta hasta los apóstoles, no es la Iglesia de Cristo.

⁸ Juan 10, 16.

⁹ Mat. 5, 16.

¹⁰ Mat. 13, 31-33.

¹¹ Mat. 15, 24.

¿Cuál de las confesiones cristianas ostenta estas cuatro señales?

He estudiado este punto imparcial y detenidamente, despojándome de todo prejuicio, y teniendo presentes a muchos amigos de recta conducta que pertenecen a muy diversas religiones.

Creo tener suficiente energía para romper con mis vínculos sentimentales si la razón me muestra que la verdadera Iglesia no es aquella en que nací.

Pero, por fortuna para mí, cuanto más estudio y cuanto más medito, más me persuado que la Iglesia católica romana es la única que reúne todas las señales de la Iglesia verdadera.

Es una, y tiene para siempre garantizada la unidad, porque posee una autoridad infalible que se la conserva; mientras que otras confesiones, los protestantes por ejemplo, proclaman el libre examen, y con eso se precipitan en la disolución y el caos. Son centenares las sectas protestantes, y seguirán subdividiéndose hasta convertirse en polvo.

Es santa. No que esté libre de toda mancha, pues la parábola de la cizaña nos enseña que hasta el fin del mundo vivirán juntos en la Iglesia buenos y malos. Sólo entonces vendrán los ángeles y separarán definitivamente los unos de los otros.

Tampoco podemos decir que fuera de la Iglesia católica no haya santidad. Pero lo que sí es evidente es que entre todas las confesiones cris-

tianas no haya ninguna que pueda presentar una galería tan gloriosa de santos de toda edad y condición y en todos los tiempos de su historia.

El esplendor de la santidad en la Iglesia católica ha colmado los anhelos del redentor: Luzca vuestra luz ante los hombres de tal manera, que viendo vuestras buenas obras glorifiquen al Padre celestial.¹²

Todos los apóstoles dieron su vida por la verdad, y les siguieron, en la senda del heroísmo, multitud de mártires.

Los yermos de Egipto y Palestina se llenaron de penitentes. Miles de vírgenes se consagraron y se consagran diariamente al amor de Dios y al servicio del prójimo. Niños y ancianos, reyes y mendigos, guerreros y sabios han sido y son modelos de virtud para todos los pueblos; y el mundo admira cada día legiones de hombres y mujeres que se entregan al servicio de los humildes, de los enfermos, de los desgraciados, y continúan los prodigios de caridad de Isabel de Hungría, Pedro Claver, Juan el hospitalario y Vicente de Paúl.

La santidad del sacerdocio en la Iglesia católica es en cierto modo sobrehumana; y aunque algunos que no midieron bien sus fuerzas sucumban con tan pesada carga, la institución en sí mis-

¹² Mat. 5, 16.

ma, con su renunciamiento del propio hogar para mejor servir al reino de Dios, es la prolongación, a la faz del mundo, del modo de vivir de Cristo y los apóstoles.

Que nuestra Iglesia es católica, es decir universal, lo dice su mismo nombre, y en realidad cubre medio mundo y se sigue difundiendo lentamente, como el fermento, gracias a la acción de los misioneros que continúan la labor de los apóstoles.

Es conmovedor ver en Roma, con ocasión de un año santo, las muchedumbres de peregrinos de toda lengua, raza y condición. Allí desfilan, junto a europeos y americanos, japoneses, indios, chinos, árabes y negros con su pintoresca indumentaria, dando testimonio de que la Iglesia católica romana está penetrando ya en los últimos confines de la tierra.

Y finalmente es apostólica, porque hunde sus raíces en las tradiciones de la Iglesia primitiva, y sobre todo, porque descansa en la roca inmovible sobre la cual prometió Jesús edificar su Iglesia: la cátedra de Pedro.

Ocasión propicia para que aparezca la Iglesia romana como la verdadera fundada por Jesucristo es un Concilio ecuménico.

Resplandece en él la unidad de la Iglesia, porque allí se reúnen, bajo el cayado del Pastor supremo, los pastores de todo el mundo, forman-

do un solo rebaño y un solo Pastor; y la santidad, porque todo Concilio combate los abusos que tratan de arraigarse en el pueblo cristiano y busca medios más eficaces para realizar las enseñanzas de Cristo.

Universal se revela la Iglesia en los Concilios, que por algo se llaman *ecuménicos*. La *Oicúmene* era para los griegos la tierra habitada. Toda la extensión de la tierra está representada en un Concilio.

Y finalmente, apostólica. El primer Concilio lo celebraron los apóstoles en Jerusalén, presididos por Pedro. La cadena de Concilios que se han sucedido en veinte siglos son la mejor prueba de que nuestra Iglesia católica continúa sin interrupción la tradición de la Iglesia primitiva.

XXIX

Y ahora sí veamos qué nos dice la revelación divina sobre el destino de la humanidad.

Algo sorprendente y que no hubieran podido sospechar los filósofos. Con razón exclamaba Jesús a este propósito: Gloria a ti, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas para los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeños.¹

Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, es decir, dotado de entendimiento y libertad, y le infundió una nueva vida sobrenatural, una participación especial de la naturaleza divina, por la cual tenía derecho a gozar, después de esta vida, de la visión beatífica.

Lo hizo inmortal; exento de enfermedades y de la hostilidad de los elementos, y le dio una compañera para que se poblara el mundo

¹ Mat. 11, 25.

y fueran muchos los que participaran de estos dones.

El hombre, como es natural, tenía que reconocer y obedecer a su Creador. Pero no lo hizo así. Pagado de sí mismo, prefirió echar por sus propios caminos, no quiso ley que le viniera de fuera, pretendió ser él mismo su propio Dios y volvió la espalda al Creador.

No se hizo esperar el castigo. Adán y Eva se encontraron inmediatamente privados de los dones sobrenaturales, sujetos a las enfermedades y a la muerte, y lo que es peor, despojados de la gracia y filiación divina y caídos al nivel de sus solas fuerzas naturales, sin esperanza de la vida eterna.

Pero Dios tuvo compasión del género humano y resolvió redimirlo; aunque no inmediatamente, porque el hombre tenía que saber por experiencia lo que podía alcanzar de paz y felicidad por su solo esfuerzo.

Empezó Adán su vida de desgraciado peregrino, consolado únicamente con la promesa del Redentor.

Pasaron siglos y centenares de siglos en que los hombres sufrieron toda clase de padecimientos y cayeron en los más hondos abismos de crueldad y corrupción.

Cuando se acercaba la aurora de los tiempos nuevos, llamó Dios a Abrahán, hombre sencillo,

creyente y obediente, y lo escogió para cabeza de un pueblo que, en medio de la general idolatría, había de dar culto al verdadero Dios, y del cual había de nacer el Salvador del mundo.

A lo largo de la historia del pueblo de Israel, no faltaron profetas que mantuvieron viva la esperanza del Redentor y que profetizaron detalladamente las circunstancias de su vida.

Y así, cuando se llegaron los tiempos, envió el eterno Padre al ángel Gabriel a la aldea de Nazaret con el encargo de anunciar a una humilde doncella, que había sido escogida para ser —sin detrimento de su virginidad— la madre del Redentor prometido.

Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, la gloria del Unigénito del Padre lleno de gloria y de verdad.

Este es el segundo Adán, que viene a restituir a la humanidad la vida que perdió el primero.

Oigamos el diálogo de Jesús con Nicodemo en aquella silenciosa noche de Jerusalén.

Dice Jesús: En verdad te digo, el que no naciere de nuevo, no podrá entrar en el reino de Dios. Responde Nicodemo: ¿Cómo puede el hombre volver a nacer siendo ya viejo? Y contesta Jesús: En verdad, en verdad te digo, quien no naciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de los cielos... A la manera que

Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea en Él tenga la vida eterna.²

Cuando una plaga de serpientes invadió el campamento de los israelitas en el desierto, levantó Moisés por orden del Señor una serpiente de bronce, y todo el que la miraba se libraba de los reptiles venenosos.

Fácil remedio, y simbólico; porque volver a Cristo crucificado la vista suplicante, como lo hizo el buen ladrón, es remedio seguro para alcanzar la vida eterna.

Como medio ordinario de justificación, estableció Cristo el bautismo, el sacramento del agua, con el cual se borran los pecados y se infunde la vida sobrenatural por la gracia del Espíritu Santo.

El paralelismo entre el primero y el segundo Adán lo desarrolla San Pablo en diversas ocasiones.

A los corintios escribe: Cristo resucitó de entre los muertos, primicia de los que mueren. Porque, como por un hombre vino la muerte, también por un hombre viene la resurrección de los muertos; y así como en Adán todos tienen que

² Juan 3, 3-15.

morir, así también en Cristo todos han de ser vivificados.³

Y a los romanos: Así como llegó la condenación a todos por la culpa de uno solo, así también, por los méritos de uno solo, llega a todos la justificación de la vida. Pues, como por la desobediencia de uno, muchos fueron pecadores, así también, por la obediencia de uno, muchos serán hechos justos.⁴

El destino de la humanidad no es peregrinar sin sentido, mucho menos destruirse los pueblos unos a otros en guerras insensatas.

El destino de la humanidad es la paz y una prosperidad relativa en esta vida, y la felicidad absoluta y eterna en el reino de los cielos.

Ni paz ni prosperidad estable han encontrado los hombres andando por sus propios caminos y trabajando con sus propias fuerzas.

Ahora el Hijo de Dios les enseña a volver la vista al Padre celestial, a buscar otra vez los caminos de Dios, a no poner la felicidad en la posesión de bienes terrenales, a tener a Dios por padre y a amarse todos mutuamente como hermanos.

El destino de la humanidad es buscar la fuente perdida de la vida sobrenatural, y Jesús

³ I Cor. 15, 23.

⁴ Rom. 5, 18-19.

viene a mostrársela: «Yo soy el camino, la verdad y la vida»⁵. «El que bebiere del agua que yo le daré no volverá a tener sed, sino que el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en fuente del agua que salta hasta la vida eterna»⁶. «Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo».⁷

Sigamos la voz de Jesucristo y hallaremos la fuente de la vida, hallaremos la paz y la prosperidad.

Cuando el evangelio sea conocido y practicado en todo el mundo, se habrán acabado las guerras entre los pueblos; las discusiones entre hermanos; las ambiciones malsanas y el desenfreno en las pasiones, y gozará la humanidad de paz y de prosperidad.

El principio vital de esta nueva vida sobrenatural es la caridad, que se identifica con la gracia del Espíritu Santo. «La caridad de Dios, dice San Pablo, se ha infundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado».⁸

Con el Espíritu Santo, recibimos de nuevo la participación de la naturaleza divina, y reco-

⁵ Juan 14, 6.

⁶ Juan 4, 14.

⁷ Juan 17, 3.

⁸ Rom. 5, 5.

bramos el derecho a la visión beatífica que es la felicidad eterna.

Nadie ha expresado más vivamente que San Pablo todo el proceso de la regeneración del mundo.

Jesucristo pagó nuestra deuda, tomó el documento que nos era contrario, lo rasgó y lo clavó en la cruz.⁹

Es decir, para pagar por nosotros, «Él mismo se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por lo cual Dios le exaltó, y le otorgó un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos».¹⁰

Contra Cristo y sus discípulos se enfurecen las fuerzas del mal, pero Cristo las vencerá a todas; «reducirá a la nada todo principado, todo poder, toda potestad».¹¹

«La última que será exterminada de las fuerzas enemigas es la muerte», cuando Cristo llame a los muertos a nueva vida. Y entonces Cristo victorioso «pondrá su triunfo a los pies del eterno Padre», para que la creación se reintegre a su Creador y vuelva a ser «Dios todo en todas las cosas».¹²

⁹ Col. 2, 14.

¹⁰ Fil. 2, 8-10.

¹¹ I Cor. 15, 24.

¹² I Cor. 15, 26-28.

X X X

Este es, pues, el destino de la humanidad: vencer a la muerte por el poder de Jesucristo y reinar con Él por siempre para gloria del Creador.

Cristo es la fuente de la nueva vida, Cristo es la luz del mundo, Él sale al encuentro a la sedienta caravana: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba».¹

Largo camino tiene que andar todavía la humanidad hasta verse regenerada; pero ese día llegará. El evangelio se predicará en toda la tierra, y entonces vendrá el fin, y empezarán los tiempos nuevos y la eterna vida. En cambio, para cada uno de nosotros es muy corta esta peregrinación.

Me encuentro ya en el ocaso. Las sombras de la tarde empiezan a cubrirme de melancolía. Pero en el fondo del alma me siento feliz; porque

¹ Juan 7, 37.

me fue dado conocer al Salvador, y sé que en pos de Él resucitaré en el último día.

Entre tanto, mi mayor consuelo es haber dedicado mis fuerzas y mis años a cooperar en la difusión del reino de Cristo, en la obra de la redención.

Miles, decenas de miles de hombres y mujeres de toda edad y condición colaboran en ella, y su número aumenta cada día. Van por todos los caminos del mundo, llevando el agua viva de la doctrina cristiana.

Con júbilo sigo en espíritu sus trabajos y sus triunfos, mientras van creciendo las sombras, y el péndulo de mi existencia, al acercarse la noche, oscila pausadamente entre el tiempo y la eternidad.

Medellín, enero de 1960.

ÍNDICE

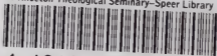
	<u>Pág.</u>
<i>Introducción</i>	VII
I. Momentos de espera.	I
II. ¿La vida es sueño?.	7
III. Un puente entre dos mundos.	13
IV. Luz y color. Sonidos y rumores.	19
V. La colmena humana	27
VI. Al borde del no ser.	33
VII. Me atengo a Dios.....	37
VIII. Espacio y tiempo.	47
IX. ¿Me engaña mi entendimiento?	57
X. ¿Causas, o concausas?.....	61
XI. El hombre, Rey de la Creación	71
XII. Constitución de los cuerpos.	77
XIII. La energía	81
XIV. El éter.	85
XV. Solo Dios es eterno	91
XVI. Plantas y animales.	95
XVII. La vida del espíritu.	101
XVIII. Cristo es una realidad	109
XIX. Sus milagros son reales.	117
XX. Su doctrina	119
XXI. Su divinidad.....	123
XXII. Pruébala con sus milagros	127
XXIII. Habla y obra como Dios	131

	<u>Pág.</u>
XXIV. El Evangelio de la divinidad. . . .	137
XXV. La señal de Jonás.	141
XXVI. El misterio de la libertad y el misterio de la fe	147
XXVII. El Antiguo Testamento	149
XXVIII. La Iglesia.	153
XXIX. El destino de la humanidad. . . .	161
XXX. Entre el tiempo y la eternidad. . .	169

BD638 .R43

Entre el tiempo y la eternidad.

Princeton Theological Seminary-Speer Library



1 1012 00008 4543